

884

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID
1917

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1917, by S. y J. Álvarez Quintero

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el teatro de la Infanta Isabel
el 6 de noviembre de 1917



MADRID
1917

MADRID.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros 10.—Teléf. J. 430

AL DOCTOR

DON JUAN QUINTERO Y PÉREZ

GRAN AMIGO DE LA VERDAD

Y DE LAS VERDADES

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BARBARITA	Joaquina del Pino.
VIRGINIA	Mercedes Pardo.
TULA	Rafaela Lasheras.
MÓNICA	María L. Moneró.
MARÍA MARTÍN	Magdalena Abrines.
MARÍA BEDOYA	Carmen Cachet.
MARÍA CORDERO	Concha Zeda.
DON CLEMENTE	Rafael Ramírez.
LÁZARO	José García Aguilar.
ALBERTO	Alejandro Maximino.
CHORRITO	Francisco Alarcón.
CASTAÑEDA	Pedro González.

608983

ACTO PRIMERO

Habitación contigua a la biblioteca y cuarto de trabajo de don Clemente Alba, escrupuloso historiador y cronista honorario de Puebla de las Mujeres. Puerta de cristales a la derecha del actor, y dos a la izquierda, de cristales asimismo, pero más chicas. La del primer término da a la biblioteca y cuarto de trabajo de don Clemente; la del segundo, al resto de la casa. La de la derecha conduce a la calle. Al foro, ventana de antepecho, con cortina, y vista a un jardincito. A uno y otro lado de ella, estanterías bajas, llenas de libros decorativos, sobre las cuales, amén de diferentes cacharros, hay un busto en yeso de Herodoto y otro del Padre Mariana. Entre las dos puertas de la izquierda, un viejo vargueño recientemente retocado. Varias sillas y un sillón de vaqueta colocado cerca de la ventana, junto a una mesita auxiliar. En las paredes, sencillos cuadros de asuntos históricos. Suelo de ladrillos, aljofifado.

Es por la tarde. Acaba mayo o principia junio. Nos ha sido imposible, a pesar de nuestras investigaciones, puntualizar la fecha de la acción.

Don Clemente, cincuentón desaliñado y simpático, sentado en el sillón frailuno, sorbe, más que lee, con los ojos las páginas de un libro, con cuyo autor habla en voz alta de cuando en cuando. En la mesita auxiliar tiene dos o tres libros de consulta, cuartillas y lápiz.

Don Clemente. Me parece, me parece, mi famosísimo historiador don Ponciano del Carril y del Prado, que te he cogido una vez más los dedos de tu ligereza con la puerta de mi erudición... Huelo los gazapos... ¡los huelo! No contabas tú conmigo setenta años ha. *Pausa. Se le ilumina el rostro, y sonríe.*

Pero ¿de dónde sacas eso, desventurado? ¿De dónde sacas eso? A ver, a ver... ¡pruebas! ¡pruebas! Nada de afirmaciones gratuitas... *Nueva pausa.* ¡Jesús! ¡Jesús, qué desatino! Don Ponciano, estás loco.

Un momento después sale Mónica, la más joven de las criadas de la casa. Viene del interior con una carta en la mano para el correo. Es agraciada y tiene un novio carabinero ausente, a quien no conocemos ni de vista. El gusto de ella, pues, no nos es posible elogiarlo: el del carabinero, sí. Se diría de Mónica que lleva el alma en las pestañas, según lo que las mueve en los momentos de agitación del ánimo.

Le habla a don Clemente, y don Clemente le responde más atento al libro que a ella.

MÓNICA. Zeñorito. *Pausa.* ¡Zeñorito!

DON CLEMENTE. ¿Qué hay?

MÓNICA. Que como Juana y Manuela están arriba en la azotea lavando y planchando, me ha dicho doña Barbarita que no me mueva de la caza.

DON CLEMENTE. Pues no te muevas.

MÓNICA. Es que le he escrito una carta a mi novio, y quería í en un zarto a echarla ar correo. Como está ahí a la esparda...

DON CLEMENTE. Espera a que venga la señorita.

MÓNICA. Es que la zeñorita no me conziente que tenga novio... y yo le he dicho que he reñío con é.

DON CLEMENTE. ¡Vamos! Mintiendo siempre.

MÓNICA. ¿Me da usté permizo pa que vaya?

DON CLEMENTE. Ve...

MÓNICA. Usté no ze ha enterao. ¿Me da usté permizo?

DON CLEMENTE. Ve, mujer, ve; pero vuelve en seguida.

MÓNICA. Al istante. Y usté luego no le diga a la zeñorita que he zalío.

DON CLEMENTE. ¿Eh?

Mónica. No ze lo diga usté, porque zi ze entera de que he zalío, estando laz otras arriba, me da la cuenta.

Don Clemente. Hija mía, veo que te huele la cabeza a pólvora.

Mónica. Usté no ze lo diga.

Don Clemente. Descuida por mí.

Mónica. Y lo peó es que mi padre me ha amenazao con picarme pa arbóndigas zi pierdo esta caza.

Don Clemente. Anda, anda ya. De ti depende no perderla.

Mónica. Yo no tardo un minuto. La cancela la dejo abierta, pa que usté no tenga que incomodarze.

Don Clemente. Bueno, sí, bueno... *Dando un golpe en la mesa.* ¡Cogite! ¡cogite! ¡cogite!

Mónica. *Volviéndose a él, asustada.* ¿Qué?

Don Clemente. No es contigo, muchacha.

Mónica. Pos er zusto me lo he yevao. *Se marcha a la calle.*

Don Clemente. ¡Te caíste por fin de boca, don Ponciano del Carril y del Prado! ¡Ni esta es la historia de Puebla de las Mujeres, ni tú eres más que un badulaque! ¿De manera, que don Andrés del Río, corregidor que fué de Puebla, vivió en mil setecientos sesenta y cinco en el número dos de la calle de la Verónica? ¡Hace falta frescura! ¡Cogite, cogite! ¡Pero si la casa número dos de la calle de la Verónica se construyó en pleno reinado de Carlos IV! ¡Si es una casa memorable, don Ponciano Tragaldabas, que no del Carril! ¡Hace falta frescura! A la cuenta, este historiador tenía una mujer tan embustera como la mía... y le hacía caso. Vaya, vaya... notita al margen. ¡Te voy a hacer harina! ¡La verdad es una nada más! A cada don Ponciano del Carril y del Prado le llega su don Clemente Alba. ¡Te voy a hacer cisco! *Escribe con fruición en una cuartilla.*

Llega de la calle Virginia Ayamonte, preciosa muchacha, de habladores ojos y boca de guinda, de quien hoy por hoy tiene pendientes sus miradas el pueblo entero. Es el pimpollito de moda. Si hubiese en Puebla Juegos Florales, Virginia Ayamonte sería la reina de la fiesta por general sufragio. Viste de claro y trae mantón de espuma puesto a modo de chal.

VIRGINIA. Hola, don Clemente.

DON CLEMENTE. *Metido en su cuartilla y creyendo que es Mónica quien le habla.* Pronto has dado la vuelta, mujer.

VIRGINIA. ¿Cómo?

DON CLEMENTE. Anda, anda; vete a la cocina.

VIRGINIA. ¿Qué está usted diciendo?

DON CLEMENTE. ¿Eh? ¡Ah, caray! Perdóname; te había confundido. ¿Qué te trae por mi casa? ¿Vienes a ver a Barbarita?

VIRGINIA. Sí, señor.

DON CLEMENTE. Pues aun no ha vuelto de la calle. Pero espérala; no tardará.

VIRGINIA. Sí; la esperaré. Me iré a la sala.

DON CLEMENTE. No, tonta; quédate aquí conmigo.

VIRGINIA. No quiero sacarlo a usted de su lectura.

DON CLEMENTE. ¿Qué más da? Te advierto que algunas veces me conviene. Porque me meto en ella como en un pozo, y no sé dejarla. Siéntate, siéntate un ratito.

VIRGINIA. Ya leo, ya, lo que publica usted en la *Puebla Artística*.

DON CLEMENTE. ¿De veras lo lees?

VIRGINIA. ¿Por qué había de engañarlo a usted, don Clemente?

DON CLEMENTE. ¡Oh! Pues esa será la verídica historia de este pueblo; de tu ilustre cuna. Aquí no sabe nadie donde ha nacido; porque se tenía por el

Evangelio de la misa el absurdo librote de don Ponciano, que está lleno de errores y de dislates.

Virginia. ¿Y cuándo llega usted a los moros?

Don Clemente. ¿A los moros? ¡Friolera! Tardaré todavía. Puebla, como colonia romana, ofrece páginas muy curiosas. Ya verás, ya verás... Hubo aquí una célebre Augusta, con un geniecito... Ya verás, ya verás...

Virginia. Pues a mí los que más me gustan son los moros.

Don Clemente. Psche... Probablemente, porque los habrás visto en alguna zarzuela...

Virginia. *Observando el vargueño.* Oiga usted, ¿es nuevo este mueble? Hasta ahora no me he fijado yo.

Don Clemente. Como que no ha estado aquí hasta ahora. Digo, lleva ya una semana.

Virginia. ¡Ah, vamos; sí! Este es el famoso vargueño de que les he oído hablar a las tres Marías. Sólo que yo, como usted, estoy tan en mis cosas...

Don Clemente. Ya era de extrañar que te sorprendiera del todo. ¡Qué poblacho este! No se mueve una mosca sin que se comente hasta en la iglesia. ¡Cuanto y más un vargueño!

Virginia. Es un mueble lindísimo. De esto no se hace ya, don Clemente.

Don Clemente. Es una alhaja de familia. Data del siglo xvi. Mi hermano Roque, como mayor, lo conservaba. Pero ahora ha quitado su casa de Écija, se ha ido a vivir a una fonda en Sevilla, y me lo ha enviado a mí.

Virginia. Pues no es esa la historia que a mí me han contado.

Don Clemente. ¿No? Pues ¿qué te han dicho?

Virginia. Que procede de una almoneda que ha habido en París, en casa de un duque que se ha arruinado en Montecarlo.

Don Clemente. ¡Jesús, qué patraña! ¿Tú ves? Así se escribe la historia. ¿Quién te ha dicho eso?

Virginia. ¿Eso? ¿Quién me ha dicho a mí eso? Lázaro me lo ha dicho.

Don Clemente. ¿Y a Lázaro, no sabes?

Virginia. Me parece que ha sido Barbarita.

Don Clemente. ¡Ah, mi mujer! Ya no pregunto más. Imaginación desenfrenada. Para ella no cuenta la realidad. Lo que inventa, es lo que cree a pies juntillas que ha pasado. No sé quién dice que yo soy la historia y Barbarita la poesía.

Virginia. Adolfo Adalid, el marido de Juanita La Rosa.

Don Clemente. Eso es. Pues nada, hija, la verdad del vargueño es la que te he contado yo. Nada de Montecarlo.

Virginia. Pues así son las cosas. *Pausa.* Se tarda Barbarita...

Don Clemente. Sí, sí se tarda... ¡Charlando en cualquier parte! ¡Inventándole otra historia al vargueño!

Virginia. Le quiero decir que no cuente conmigo para la rifa de la Virgen.

Don Clemente. ¿Ah, no?

Virginia. No. Regalaré un cacharro, pero no iré a vender papeletas. *Suspirando.* ¡Ay! No tengo humor de rifas, don Clemente.

Don Clemente. Lo creo; porque como rifas todas las noches con tu novio... ¡Je!

Virginia. Por desgracia. *Se sienta, pensativa. Nueva pausa.* ¿Se ha enterado usted de la última?

Don Clemente. No; pero será como la penúltima.

Virginia. No, señor; no: anoche acabamos del todo.

Don Clemente. ¡Je! ¡Qué ilusiones te haces!

Virginia. *Entre lágrimas.* No se ría usted, que

yo tengo un nudo en la garganta. ¡Anoche no le faltó más que pegarme un tiro!

Don Clemente. ¡Como todas las noches! ¡Si eres una novia en estado de sitio! ¿Es que te olvidas de una para otra? ¡Si yo no he visto unos amores más tumultuosos! Salís a pelotera o a riña diaria. Por las noches os ponéis como trapos, y luego no podéis vivir el uno sin el otro, y os buscáis cada día en una casa del pueblo para hacer las paces.

Virginia. Esta vez no, esta vez no... Usted lo verá.

Don Clemente. ¡Esta vez lo mismo! Y lo malo es que la gente toma parte activa, y se pasan las horas disputando si la razón es tuya, si es de él, si no es de ninguno; si él te hizo llorar, si tú te encrespaste, si te amenazó con la pistola... ¡Jesús! No es que Lázaro y tú seáis novios; ¡es que el pueblo entero está en relaciones!

Virginia. Sí, señor; esa es la verdad: nos traen en lenguas demasiado. Pero ya se acabó; ya no habrá más comidilla por nuestra causa.

Don Clemente. Así sea. Descansarás tú, descansará él, descansarán los bandos de Ayamontes y de Portillos, descansaremos los neutrales... ¡Je! Y tú te echarás otro novio y él otra novia, ¡y a vivir!

Virginia. ¡Cállese usted, por Dios! ¡Si Lázaro se echa otra novia yo me muero!

Don Clemente. Ta, ta, ta, ta... ¡Qué salida! Pero, criatura de Dios, ¿por qué de veras no termináis definitivamente? Un esfuerzo, y te ahorrarás muchísimas lágrimas. ¿No estáis viendo que no congeniáis?

Virginia. Sí congeniamos, sí...

Don Clemente. ¿A qué le llamas congeniar?

Virginia. ¡Pues sí congeniamos, sí, señor! ¡Por lo mismo reñimos todos los días!

Don Clemente. ¡Caray! Ni Aristóteles aclara eso.

VIRGINIA. Pues es como la luz. Mi hermana Tula cree lo que usted: que Lázaro y yo somos como el agua y el fuego. Pero no es así: somos iguales, exactamente iguales. Si él es celoso, yo también lo soy; si él es vehemente, yo lo soy tanto como él; si él es franco, yo soy la verdad misma... Y los dos somos apasionados, y exigentes, y tercos; ¡y los dos nos queremos mucho!... ¿En qué puede consistir que peleemos tanto?

DON CLEMENTE. Mira, hija, quizás en esa misma identidad estribe el secreto... Dos líneas paralelas no se encuentran nunca; y el verdadero amor consiste en encontrarse...

VIRGINIA. No tiene explicación, don Clemente: esto es contra la lógica. En mi cabeza hay una madeja, y no logro desenredarla por más que me afano... Mil veces me pregunto: —¿Estará el mal en la raíz; en pretender un imposible; en querer unir a estas dos familias, que desde tiempo inmemorial se aborrecen?

DON CLEMENTE. Quizás, quizás...

VIRGINIA. Digo esto, porque veo la lucha terrible que sostengo en mi casa. Mi hermana Tula mira a Lázaro como al demonio...

DON CLEMENTE. Ya, ya...

VIRGINIA. Mi madre, se resigna y calla; pero poco menos que Tula...

DON CLEMENTE. ¡Oh! ¡Doña Dolorcitas!... ¡Tiene su alma en su almario!

VIRGINIA. El resultado es que yo sufro mucho... y él también. Y cuando así sufrimos, es por algo; es porque nos queremos de corazón, ¿no, don Clemente? Yo le juro a usted que, diga lo que quiera, siempre que a mis solas me planteo en serio el problema de terminar con Lázaro... ¡ay, Virgen! ¡no sabe usted la angustia que me da! Me parece que me

quitan el corazón y que me atan de pies y manos para que no vaya en busca suya.

Don Clemente. Malo, malo está ese negocio. Pero te advierto que de amor todavía no se ha muerto nadie.

Virginia. ¡No me diga usted eso!

Don Clemente. No sólo te lo digo, sino que además...

Virginia. *Estremeciéndose de pronto.* ¿Eh?

Don Clemente. ¿Qué ocurre?

Virginia. ¡Ahí está Lázaro!

Don Clemente. ¿Lázaro?

Virginia. Sí; lo he sentido hablar... Yo dejé la cancela entornada, como me la encontré...

Don Clemente. *Con malicia.* ¿Y no vendrá porque tú lo has citado?

Virginia. ¡Don Clemente!

Don Clemente. ¿No será mi casa la elegida para las paces que tocan hoy?

Virginia. ¡Le juro a usted que no! ¡Por mi madre! Ni yo lo he citado, ni quiero verlo.

Lázaro habla dentro, hacia la derecha.

Lázaro. ¿Don Clemente?

Don Clemente. ¡Pues sí que es él!

Virginia. ¡Que no quiero verlo, por Dios! ¡Lo que pensarían en mi casa!...

Don Clemente. Métete ahí, en la biblioteca.

Virginia. ¡Sí!

Don Clemente. Yo lo despacharé al instante.

Virginia. ¡Sí, sí!

Don Clemente. Ten cuidado, que está a oscuras y todo revuelto.

Virginia. ¡Por Dios, que se vaya en seguida! *Éntrase turbadísima en la biblioteca, y cierra tras de sí.*

Don Clemente. ¡Diablo de muchachos!... El pan

nuestro de cada día... *Olfateando.* Y esta pícara ha dejado un perfume... Como lo note el otro... *Sacude con el pañuelo el aire para disipar el olor.*

En esta faena lo sorprende Lázaro, de quien ya tenemos algunos informes.

LÁZARO. ¿Qué hace usted, don Clemente? Buenas tardes.

DON CLEMENTE. ¡Ah, tú! Hijo mío, las moscas... No me dejan vivir. Ven con Dios.

LÁZARO. *Respirando a todo pulmón.* ¡Ay, qué dicha!

DON CLEMENTE. *Escamado.* ¿Cómo?

LÁZARO. ¡Qué dicha, don Clemente! En ninguna casa respiro más a gusto que en la de usted.

DON CLEMENTE. Me alegro.

LÁZARO. Aquí sé que no se me engaña.

Don Clemente se rasca una ceja.

DON CLEMENTE. Y ¿cómo por aquí a estas horas?

LÁZARO. Vengo a despedirme de usted.

DON CLEMENTE. ¡Caray! ¿Te vas a suicidar?

LÁZARO. En serio.

DON CLEMENTE. En serio: me lo has dicho en un tono... Y como abusas tanto de la pistolita...

LÁZARO. Completamente en serio. Después de la noche más negra y más amarga que he pasado en mi vida, he resuelto marcharme de aquí.

DON CLEMENTE. ¿De dónde? ¿De mi casa?

LÁZARO. No, señor; de Puebla. Ya no sufro más, ni le busco más componendas a lo que no tiene ninguna. No necesito advertirle a usted que me refiero a mis relaciones con Virginia.

DON CLEMENTE. Ya, ya.

LÁZARO. Voy a poner tierra por medio; no hay otro recurso. Me voy a Madrid, o a Barcelona, que está más distante; y no volveré hasta que sepa que Virginia se ha casado con otro. A contadas per-

sonas pienso decir adiós. Usted es la primera de todas.

DON CLEMENTE. Gracias, muchacho; gracias.

LÁZARO. Dejo las viñas y el cortijo en manos de mi padre, y yo me dedicaré a mi carrera, que para algo la tengo. ¡No he de vivir papando moscas!

Van a abrazarse, cuando los sobrecoge un grito de dolor de Virginia. Pero de dolor físico.

VIRGINIA. *Dentro.* ¡Ay!

LÁZARO. ¿Eh?

DON CLEMENTE. ¿Qué?

VIRGINIA. ¡Jesús, María!

LÁZARO. ¿Es esa Virginia? ¿Está ahí?

DON CLEMENTE. No... sí... No sé...

Sale Virginia del escondite, desconcertada, pálida; aturdida por un golpe que se ha dado en la frente, el cual le ha causado una leve heridita; una rozadura, de donde brotan gotitas de sangre, que ella enjuga con su pañuelo.

LÁZARO. ¡Virginia!

VIRGINIA. ¡Lázaro!

DON CLEMENTE. ¿Qué es eso, chiquilla?

VIRGINIA. Nada, no es nada... un golpe... el susto...

LÁZARO. ¿Cómo que no es nada, y tienes sangre?

VIRGINIA. Sí; pero no es nada...

DON CLEMENTE. Ya te advertí que tuvieras cuidado... ¿Quieres colonia?

VIRGINIA. No, no; si no es nada; de veras... En casa me daré...

DON CLEMENTE. Pero ¿cómo ha sido?

VIRGINIA. Me senté en la butaca a tientas... oí de pronto a éste...

LÁZARO. ¡Siempre yo!

VIRGINIA. Me levanté de un salto, y en el pico de una puerta de la estantería, que estaba abierta... ¡Ay!

LÁZARO. ¿Te duele?

VIRGINIA. No, no me duele, no... Me voy, me voy a casa.

DON CLEMENTE. Tranquilízate antes...

LÁZARO. Bebe un poco de agua, mujer... ¿No quieres?

VIRGINIA. No, no... Me voy a casa... Me voy, me voy...

DON CLEMENTE. ¡Válgame el Señor!... Anda, yo te acompañaré...

VIRGINIA. No, no... no se incomode usted, don Clemente... Si son dos pasos... *Viendo a Mónica, que oportunamente aparece por donde se fué.* Que me acompañe Mónica.

DON CLEMENTE. Bueno, sí... A tiempo llega. Anda, Mónica, acompaña a la señorita a su casa.

MÓNICA. ¿Ze ha hecho usté zangre, zeñorita? ¡Ze ha caío usté?

VIRGINIA. No, no ha sido nada. Ven conmigo.

DON CLEMENTE. ¡Por vida de los doce apóstoles!

Se marcha Virginia, acompañada de don Clemente y de Mónica, que mira a todos extrañada.

Lázaro queda solo, mucho más sobreexcitado y nervioso de lo que llegó.

LÁZARO. ¡Maldita sea mi estampa! ¡Cómo enreda el demonio las cosas!... ¿Para qué habré venido yo aquí esta tarde? ¿Y qué haría aquí Virginia? ¡Yo que no quería verla más!... ¡Maldita sea mi estampa!

Vuelve don Clemente, y al encontrárselo manoteando, le pregunta:

DON CLEMENTE. ¿Ahora eres tú el que espanta las moscas?

LÁZARO. ¿Eh?

DON CLEMENTE. ¿Sabes que esa se ha podido romper la cabeza?

LÁZARO. ¡Pobrecita! ¡Pero qué desgracia más simple! Oiga usted, ¿y cómo estaba aquí?

Don Clemente. Porque vino en busca de Barbarita, y al sentirte se metió ahí dentro...

Lázaro. ¿Es gaita o no es gaita? ¡Y habrá que oír a Tula, cuando la vea llegar así!

Don Clemente. ¿A quién? ¿A su hermana? ¡Dios nos libre de ella!

Lázaro. Mujer que más me subleve, no existe. Me saca de quicio con sus ínfulas de razonable; ¡porque no he conocido persona que desvaríe más! ¡Habrá que oírla ahora!

Don Clemente. ¡Cómo te pondrá, Dios bendito! ¡Hasta de ese chichón te hará a ti responsable!

Lázaro. ¡Seguro! ¡No me traga; no me tragará nunca! ¡Ni yo quiero verme en su estómago! Cuando me encuentra alguna vez en la calle, se pone verde, lívida. Yo creo que ni echándola al mar, que la echaría de mejor gana que lo digo, se apaga el odio que me tiene.

Don Clemente. Es una tarasquita, como diría el Padre Julián.

Lázaro. ¡Y además, ya es ella, ella sola, la encargada de mantener, para que no se extinga jamás, este odio de las dos familias, este rencor tradicional entre Ayamontes y Portillos, vergüenza y rémora de nuestro pueblo!

Don Clemente. No, eso no; si no fuera Tula, sería otra rama de uno de los troncos. Yo he nacido aquí, y la primer noción que tuve del odio entre personas, fueron esos dos bandos. Me casé con Bárbara; hemos vivido muchos años ausentes de Puebla, y al volver al rincón, cansado yo de explicar Historia a la chiquillería, hallé que nada había cambiado aquí, y menos que nada ese semillero de disgustos. Por lo visto es enfermedad incurable.

Lázaro. ¡Yo me hacía la ilusión de acabar con ella, uniéndome a Virginia!

Don Clemente. Y quizás sería tu matrimonio el único remedio cabal. «*Similia similibus curantur.*» O un clavo saca otro clavo, si lo prefieres. O aquello de que la mancha de la mora... Porque el origen de esta malquerencia, fué precisamente una jugarreta de amor. ¡Y ya tiene fecha: tres siglos y medio! Parece ser que un Ayamonte le sopló la dama a un Portillo...

Lázaro. ¡Me lo ha contado usted ya setenta y tres veces!

Don Clemente. Perdóname la setenta y cuatro, hombre. Monomanías históricas.

Lázaro. Perdóneme usted a mí la pata de gallo. Estoy que brinco. ¿No me ve usted brincar? Tengo una corriente eléctrica por la espalda.

Don Clemente. ¡Por vida de...! Sosiégate, chiquillo, sosiégate.

Lázaro. Yo me enamoré de Virginia como un loco... Sin duda ninguna, me acercó a ella la misma división de las dos familias...

Don Clemente. Claro, sí... Lo vedado...

Lázaro. Y a la primera persona que le hablé después que ella y yo nos entendimos, fué a su hermano Alberto.

Don Clemente. El militar.

Lázaro. Sí, el militar. El otro es un zángano. Un viaje hice a Sevilla, en donde estaba de guarnición, para hablar con él.

Don Clemente. ¿Pero ahora está en Puebla?

Lázaro. Con licencia por unos días. Y me vió llegar, y me abrió generosamente los brazos, y nos alegramos los dos con la idea de que estos amores fueran el principio del fin.

Don Clemente. ¡Me lo has contado ya setenta y tres veces; pero no me importa oírtelo otras tantas! Los historiadores tenemos mucha más paciencia que los enamorados. ¡Je!

Lázaro. Bueno: pues el mismo Alberto ya es otro. En cuatro días lo han vuelto como un guante. Es decir, que a un hombre que en Sevilla discurre y procede de una manera racional, en cuanto pisa Puebla de las Mujeres se le va el sentido común y es un beduíno. Así es que esto no tiene soldadura. Es mal incurable, como dice usted. Me voy, me voy. Lo que he pensado es lo mejor: me voy. ¿No le parece a usted, don Clemente?

Don Clemente. Hijo... yo no te digo que te vistas, pero ahí tienes la ropa.

Lázaro. ¡Natural, natural, natural!... ¡Tierra, tierra por medio!

Don Clemente. Y agua, si es posible.

Lázaro. ¡Natural!... ¡Y fuego, y aire! ¿Le ha referido a usted Virginia...?

Don Clemente. ¿Qué?

Lázaro. El zipizape último: el de anoche.

Don Clemente. ¡Oh!

Lázaro. Yo comprendo que estuve algo brusco, que di el espectáculo, que perdí los estribos... Hasta se desmayó...

Don Clemente. ¡Pateta!

Lázaro. Sí, sí; se desmayó y todo. Pero no lo puedo remediar, don Clemente; soy de esta arcilla; tendría que volver a nacer para ser de otro modo. Y nada me desboca en el mundo como una mentira, por insignificante que sea.

Don Clemente. ¡Jesús!

Lázaro. Y le advierto a usted que luego he meditado, y he visto que ella me mintió por evitar otro zipizape más gordo. ¡Pero ni aun así paso por la mentira! ¡El hombre que pasa por la primera mentira de una mujer, ya está perdido para siempre!

Don Clemente. ¡No lo creas! Ese arranque tuyo es atávico.

LÁZARO. ¿Cómo?

DON CLEMENTE. Atávico; que viene de atrás... que trae cola.

LÁZARO. Ya, ya sé lo que es atávico; pero...

DON CLEMENTE. Vengamos al asunto. Te voy a decir una cosa, aunque te la haya dicho, no setenta, sino cien mil veces. Todas son pocas. Los hombres tenemos, en ocasiones, precisión de mentir en la vida social...

LÁZARO. ¡Yo, nunca!

DON CLEMENTE. Tú también. Óyeme. Las mujeres, en cambio, mienten por ley de naturaleza. Es cosa de la sangre: un microbio...

LÁZARO. Atávico también.

DON CLEMENTE. Desde Eva. Si no mienten, se mueren. Ahora, que hay dos géneros en sus mentiras: las leves y las graves. De las que sueltan mentiras graves, Dios nos libre; las que no las sueltan más que leves, como mi Barbarita, benditas sean, Lázaro. Barbarita no es capaz de engañarme en nada que me pueda ofender; pero contar una sola cosa tal y como ha sido, o dos veces del mismo modo, no lo esperes de ella. ¡Tenía que tocarle a un historiador! Es el placer de la mentira inútil. Barbarita se desayuna, verbigracia, con café con leche y pan tostado; pues si a la salida del comedor te la encuentras, te dice: «¡Qué rico estaba hoy el chocolate con bizcochos!» ¿Hay quien se explique esto?

LÁZARO. Yo, no.

DON CLEMENTE. Ni nadie. Pero pídele al santo de tu devoción, si te casas, que no te toque una de las otras.

LÁZARO. ¡Yo no me caso ya, porque no me caso con Virginia!

DON CLEMENTE. ¡Jesús!

LÁZARO. ¡Si todo se arreglara en la vida a tiros!...

DON CLEMENTE. ¡Huy, huy, huy!... ¡Qué mal te veo, chiquillo! Anda, vámonos a tomar el aire por ahí... Daremos un paseo, y luego te dejaré en tu casa.

LÁZARO. Sí, señor. Yo necesito desahogarme; hablar mucho, mucho, mucho...

DON CLEMENTE. Estoy dispuesto a oírte. Me hago cargo de lo que te pasa. Ven por aquí: nos saldremos por el postigo, para no encontrarnos a nadie.

Coge de sobre una silla sombrero y bastón, y se va charlando con Lázaro hacia el interior de la casa. Queda la escena sola unos momentos. Llega luego de la calle Barbarita, la dulce cuanto imaginativa esposa de nuestro historiador. Viene de chal. Su actitud es reveladora: algo le acaban de decir que ha puesto en juego su fantasía y en tensión sus nervios delicados.

BARBARITA. ¿Clemente? ¿Clemente? No, no está. *Dirigiéndose a la misma puerta por donde ha llegado, dice:* Pasa, Chorrito.

Y pasa Chorrito, quien descubre a la legua su noble oficio de zapatero remendón.

CHORRITO. Con permiso de usté, señorita Bárbara.

BARBARITA. No me gustan chismes en la calle ni en el portal. Aquí no nos ve nadie. Cuéntame lo que tú hayas visto.

CHORRITO. Pero no se asuste usté, doña Barbarita, que ya la tormenta ha pasao.

BARBARITA. ¿Y lo que ha podido pasar? Cuéntame lo que tú hayas visto.

CHORRITO. Sí, señora.

BARBARITA. La verdad, Chorrito; la verdad, por grave que sea.

CHORRITO. Como se la diría un sentinela a su coroné. Oiga usté lo que han visto mis ojos. Justamente mi mesiya está colocá en medio e la plasuela a

los cuatro vientos, y no se me escapa un mosquito.

Barbarita. Por eso te he llamado.

Chorrito. Pos de lo que yo pueo atestiguá es de lo siguiente: acababan de soná en la iglesia las sinco, cuando por la esquina der Comersio aparesió la señorita Virginia Ayamonte.

Barbarita. ¿Sola?

Chorrito. Sola... y andando con er pasito corto y los ojitos bajos. Atravesó la plasoleta—por más sierto que ar pasá por junto a mi mesiya me dió las buenas tardes,—yegó a la puerta de esta casa, miró pa un lao y pa otro, y entró como si entrara en la suya. La cosa más naturar der mundo: nadie hubiera pensao na extraordinario, por muy *detertive* que fuera.

Barbarita. ¿Y luego?

Chorrito. Aguarde usté: sorté la chabeta y er martiyo, me puse a untá de serote unos cabos...

Barbarita. Omite los detalles, por Dios; ¿no ves lo impaciente que estoy?

Chorrito. Y en esto — no había pasao un cuarto de hora — levanto la vista y diviso ar señorito Lásaro, que por la caye Claveyinas venía flechao pa acá. Venía como si le picara er sarpuyío en la esparda, y hasiendo mojines. Ya sabe usté que se las tira de nervioso.

Barbarita. Sigue, sigue; que tengo el corazón en la garganta.

Chorrito. Pasó también a la vera mía; pero, ar revés que la señorita Virginia, no se dirnó de saludarme. Ni farta. En las cosas más chicas se ve la educasión de las personas. No es que yo les deba la mesiya a los Ayamontes: es que la verdá es la verdá.

Barbarita. ¿Y entró aquí también?

Chorrito. ¡Vaya si entró! Como una bala. Como er tren en un tune: sirbando, echando humo y con los faroles ensendíos. Por más sierto que Juaniya la

de los merengues, que lo vió como yo, se me asercó con estas palabras: «Hoy tocan ahí las pases.» Y yo lo confirmé, señorita. ¡Es una ersena tan corriente!... Con que cuár no sería la sorpresa que los dos nos yevamos, cuando ar minuto — ¡ar minuto, señorita Bárbara! — vimos salí huyendo a la señorita Virginia, blanca como la sera, sangrando de la frente, y echá camino de su casa.

Barbarita. ¡Corazón de Jesús!

Chorrito. Si miento en argo, señorita, que me caiga aquí muerto como una pelota. Mónica, que iba con eya, me hiso señas como de una cosa muy grande...

Barbarita. Ah, ¿iba con ella Mónica? Y ¿dónde está Mónica? *Llamándola.* ¡Mónica!

Chorrito. Quisás no haya vuerto toavía.

Barbarita. ¿Cómo que no?

Chorrito. La habrán entretenío en la otra casa preguntándole pormenores...

Barbarita. ¡Mónica! ¡Mónica! Sí; puede que no haya vuelto... ¿Y él? ¿Y ese infame, dónde se ha metido?

Chorrito. Cuando no está aquí... habrá tomao soleta por la puerta farsa. Er que huye, delito tiene.

Barbarita. ¡Infame! ¡Más que infame! Pero ¿y mi marido? ¿Cómo ha podido consentir...? No, ya me lo figuro: es tan pánfilo, que se quitaría de en medio para que hicieran las paces a gusto; y el otro, al encontrarse solo con ella, aprovechó el instante... ¿No crees tú, Chorrito?

Chorrito. Lo que haya pasao dentro de la casa, yo no lo sé, por más que lo presuma; mis referensias son de lo que he presensiao. Santo Tomás es mi padrino.

Barbarita. ¡Pues yo sí sé lo que ha pasado aquí! ¡Si lo está pregonando él hace mucho tiempo! ¡Si no

se le cae de la boca la amenaza de siempre! ¡Si anoche mismo iba diciendo por la calle — que lo oyó Concha Puerto — que este noviazgo lo iba a acabar a tiros! Por supuesto, ya que la herida ha sido leve, yo casi lo celebro: así se terminan unas relaciones tan antipáticas.

Chorrito. Verdá que sí. ¡Miste un Portiyo yevándose la fló de los Ayamontes!... ¡Vamos! ¡Con la sangresita que tienen... que vienen de los turcos... que don Clemente me lo ha dicho a mí!...

Barbarita. Y bien que lo declaran sus obras. Ya ves lo de hoy. No haría más un bandolero de la sierra. ¡Ay, qué alegría va a tener mi sobrino!

Chorrito. ¿Quién? ¿Er señorito Anacleto?

Barbarita. ¡Ése; que bebe los vientos por ella!

Chorrito. ¡Pos ése sí que se la merese! ¡Más simpático es! ¿En dónde está ahora don Anacleto?

Barbarita. En Cádiz; pero yo le voy a poner un telegrama.

Chorrito. Tres duros me dió a mí por unas medias suelas. No se me orvida. ¡Ese es un hombre, y no este mar genio de aquí, que una vez que fué consejá le yamó inmundisia a mi establesimiento, y atentó contra er pan de mis hijos! Tampoco se me orvida.

Barbarita. ¡Ahora las pagará todas juntas! Pero ¿y esa Mónica? *Viéndola llegar por la puerta del interior de la casa.* ¡Mónica!

Mónica, que ya venía asustada, se asusta doble, no sólo con el grito y la inesperada presencia de su ama, sino con la alteración que en ella advierte. Con las pestañas levanta aire.

Mónica. ¡Zeñorita!

Barbarita. ¡Ven acá, hija, ven acá! ¿Llegas ahora mismo de aquella casa?

Mónica. Zí, zeñora... ¡No he zalío más que a ezo!... ¿Quién ze lo ha dicho a usté?

BARBARITA. Chorrito, que te vió con la señorita Virginia. Ven acá.

CHORRITO. Oye, ¿la hería sangra mucho?

MÓNICA. Zí zangra, zí zangra...

BARBARITA. ¡Corazón de Jesús! Habla, Mónica, habla, por los clavos de Cristo. Dime todo lo que ha ocurrido aquí desde que yo me fuí a la calle.

MÓNICA. Zí, zeñora... Yo, como usté me mandó, no me he movío de caza.

BARBARITA. Por eso, por eso quiero oírte. ¿Manuela y Juana están en la azotea?

MÓNICA. Zí, zeñora.

BARBARITA. ¿Y el señorito se ha marchado?

MÓNICA. Zí, zeñora.

CHORRITO. ¡Por er postigo con el otro! ¡A esconderlo! Argo tenía que hasé don Clemente. ¡Es tan bueno, er pobre!

BARBARITA. Cállate ahora tú, y que Mónica nos lo cuente todo...

MÓNICA. ¿Yo?

BARBARITA. Tú, sí, tú; la única persona que aquí estaba.

MÓNICA. Zí, zí; yo estaba aquí; yo no he zalío.

BARBARITA. ¡Pues habla ya! Llegó la señorita Virginia: le abriste la cancela tú...

MÓNICA. No, zeñora...

BARBARITA. ¿Que no?

MÓNICA. Zí, zeñora...

CHORRITO. ¡No tiembles, mujé; si tú no vas a í a la carse!

BARBARITA. Cállate, Chorrito, no la asustes... ¿Cómo quieres que esté la pobre, con todo lo que ha visto? Ven acá, tonta, ven acá. *Imponiéndole con absoluta naturalidad a Mónica la verdad que ella sueña.* Entró la señorita Virginia, y un rato después entró también el señorito Lázaro, furioso.

MÓNICA. Zí, zeñora...

BARBARITA. Mi marido los dejó solos a los dos...

MÓNICA. Zí, zeñora...

BARBARITA. Empezó él a gritar como un energúmeno, y a poco, ¡pum! el tiro. ¿No es esto?

MÓNICA. Zí, zeñora...

BARBARITA. *Rápidamente, al zapatero.* ¿Eh? ¿eh?

CHORRITO. ¡Na más que se ha caío ese poyo de la bisicleta!

MÓNICA. *Aliviando su conciencia un poco.* Bueno, zeñorita... yo er tiro no lo oí...

BARBARITA. ¿Cómo que no? ¿Pues dónde estabas? *Guiñándole con disimulo al zapatero.* ¿Lo ha oído Chorrito, y no lo has oído tú?...

MÓNICA. ¿Lo ha oído Chorrito?...

BARBARITA. No niegues, no ocultes, que lo que te conviene es decir la verdad.

MÓNICA. ¡La verdá!... Pos la verdá es que yo lo que oí fué azí como un gorpe... A mí no ze me pazó por la idea que fueze un tiro...

BARBARITA. ¡Claro es! A ti menos que a nadie, hija de mi alma. ¿Cómo podías tú creer que un tal caballero...? ¡Pues ha sido un tiro nada más!

CHORRITO. ¡Un tiro!

BARBARITA. ¡Fortuna que la bala daría en una horquilla y resbaló! ¡Gracias, gracias por todo, Virgen del Amparo! A mí va a ser preciso hacerme una taza de tila...

MÓNICA. *Deseando quitarse de en medio.* ¡Voy ayá!

BARBARITA. Espérate un poquito.

MÓNICA. Zí, zeñora...

BARBARITA. Y acaba, acaba de contarnos...

MÓNICA. Zí, zeñora... Yo... yo yegué aquí ar ruio... y me encontré a la zeñorita Virginia con una hería en la cabeza, y procurando irze... No quería que la acompañara er zeñorito, y entonces me dijo a mí que

yo fuera con eya. Y también me lo dijo don Clemente... Y fuí... Y por er camino, y ezo que es tan corto, a poco ze desmaya la pobrecita. Y cuando yegamos a zu caza, en la misma cancela la dejé, porque eya no quizo que yo entrara dentro...

CHORRITO. ¡Pa evitá la declarasión!

BARBARITA. ¡Como que, al fin y al cabo, el otro es su novio!

MÓNICA. Pero yo escuché desde er zanguán, y usté no zabe el escándalo que ayí ze armó cuando vieron hería a la zeñorita. ¡Lo que doña Tula gritaba! ¡Qué cozas decía aqueya boca! Conque yo, azustá, me vine corriendo, me entré por er postigo, y aquí me tiene usté.

BARBARITA. ¡Ay! ¡ay! ¡Qué día de luto ha podido haber en este pueblo! Yo me voy a llegar un instante a esa casa... Pero, ¿y mi marido? Lo primero es hablar con él. Chorrito, anda con Dios. Dios te ha puesto en esa mesilla esta tarde.

CHORRITO. Oyendo er cuento he estao, y no lo creo toavía, señorita. Hay cosas que se le resisten a uno, como las medisinas amargas. Mándeme usté siempre.

BARBARITA. Adiós, y muchas gracias, Chorrito.

Márchase a prisa al interior de la casa.

MÓNICA. *Deteniendo a Chorrito.* ¿Usté no le habrá dicho a la zeñorita que antes me vió zalí pa er correo?

CHORRITO. ¿Yo qué interés iba a tené en comprometerte, muchacha? ¡Ar contrario! Yo, ar que quiero que le den boliyas, y por eso me alegro de lo pasao, es al otro; ar turco. ¡Que se largue a la tierra de sus abuelos a vendé gorros y babuchas! *Se va a la calle.*

MÓNICA. *Aturdida por las circunstancias mira a todas partes, y no sabe si quedarse allí o si irse a la azotea a comentar con sus compañeras lo sucedido.* ¡Je-

zús mío, qué rebomba! ¿Quien lo podía penzá?... Y lo que toca er tiro... yo er tiro no lo oí... Pero ¿cómo lo había de oí zi estaba en er correo? ¡Zi yega a enterarze la zeñorita!... Bueno, yo pude yegá en la ocazión, y oírlo también, como er zapatero... *Dando un salto de pronto.* ¿Quién es?

De la calle viene Castañeda, el director propietario de «Puebla Artística», y la persona más infeliz de la comarca. Es viejo y además hombre de pocos ánimos. En la mano trae un rollito de papeles.

Castañeda. Gente de paz, gente de paz... Buenas tardes.

Mónica. Tenga usté buenas tardes.

Castañeda. ¿Y la señora?

Mónica. Ahora mismo ze ha ido ayá dentro... ¿Quié usté que le avize?

Castañeda. Escucha, escúchame... ¿Qué es lo que me ha dicho el remendón? ¿Que Portillo le ha disparado esta tarde aquí dos tiros a su novia?

Mónica. Uno, uno na más; na más que un tiro.

Castañeda. Él me ha dicho que dos.

Mónica. Pos yo no he oído más que uno.

Castañeda. ¡Qué enormidad! ¡Qué enormidad! No, yo he tenido siempre por un desequilibrado a ese mocito... ¡Qué enormidad! ¡Hombre! ¡el vargueño de marras! No lo conocía. ¡Bonito mueble es!

Mónica. El arzobispo de Burgos ze lo ha regalao a don Clemente.

Castañeda. ¿El arzobispo de Burgos?

Mónica. Ezo me ha dicho a mí doña Barbarita. Aquí zale.

Por donde se marchó vuelve Barbarita, efectivamente.

Barbarita. Amigo Castañeda.

Castañeda. Amiga mía. *Le estrecha la mano con efusión.* Todavía estoy helado.

Barbarita. ¿Ha visto usted?

Castañeda. ¡Calle usted, señora! Yo venía tan ajeno, figúrese usted, a traerle a Clemente las pruebas del capítulo que esta semana damos en la revista, y en la cancela me cruzo con el zapatero, y me encaja a quema ropa la novedad. ¡Un espanto! Pero, ¿en qué siglo vivimos, Barbarita?

Barbarita. Qué sé yo, qué sé yó... A mí van a tener que sangrarme. Pues ¿y a esta infeliz, que desde el jardín ha presenciado el cuadro?

Castañeda. Ah, ¿tú has presenciado...?

Mónica. ¡Y van a tené que zangrame también!

Barbarita. Ella fué, además, quien acompañó a su casa a Virginia, bañada la cabeza en sangre...

Castañeda. ¡Qué espanto! ¡Qué locura!

Barbarita. Calcule usted: mi marido estaba en la azotea echándoles de comer a los palomos. Llegó ella, llegó él, sacó la pistola... y no la ha dejado en el sitio, porque hay Providencia.

Castañeda. ¡Qué enormidad! ¡Qué enormidad!

En semejante guisa a la de Barbarita viene presurosamente de la calle Tula, con la más implacable ira pintada en el semblante. Cuando habla de sus contrarios los Portillos, quisiera infundir un rayo en cada palabra. Su pronunciación es marcadamente andaluza; sus eses echan chispas. En cuanto la ve Barbarita, se abalanza a ella con los brazos abiertos.

Barbarita. ¡Tula!

Tula. ¡Barbarita! *Se abrazan. Tula sigue hablando así que la emoción del encuentro se lo permite.* ¡Qué barbaridad! ¿Dónde se vió nunca nada por el estilo? ¡Qué barbaridad! Hola, Castañeda, buenas tardes.

Castañeda. Señora mía... ¿También a usted se lo ha contado el zapatero?

Tula. ¡El zapatero, y la de lós merengues, y diez personas más, de mi casa aquí!

BARBARITA. ¡Como que esto va a ser un reguero de pólvora!

TULA. ¿Pero es que tamaña villanía podía permanecer oculta ni siquiera un segundo? ¡Un Portillo tenía que ser el héroe! Luego dice mi madre que si yo soy más intransigente que ninguno de la familia. ¡A orgullo lo tengo! ¡Piratas! ¡Vampiros, que viven de la sangre del pobre! ¡Negreros, que vendieron esclavos! ¡Matatías! Con dificultad se encontrará en el mundo una persona más razonable que yo; pero cuando se me toca a este registro, me ciego. Es superior a mí; me ciego, me ciego.

BARBARITA. Cálmate, Tula, cálmate...

CASTAÑEDA. Cálmese usted, señora.

TULA. No puedo, no puedo. Si es superior a mí. Pídanme ustedes que no respire, y me será más fácil. ¡Y qué cosas tiene el corazón! ¡Si supieras mi pesadilla de la última noche! ¿Querrás creerlo, Bárbara? ¡La misma escena que ha debido de haber aquí! Me desperté sonámbula en la cocina. ¡Había ido por un cuchillo para vengarme de él!

BARBARITA. Como que esta tragedia la estábamos esperando todos.

CASTAÑEDA. ¡Pobre Virginita!

BARBARITA. Pobre... y dichosa ya, don Claudio.

TULA. Esa ha sido mi misma exclamación: ¡pobre y dichosa! Sentimos al unísono, Barbarita. ¡Pobre... y dichosa!

CASTAÑEDA. Cierto, sí, porque si el noviazgo se concluye...

TULA. ¿Qué significa si se concluye? ¿Qué es eso de si se concluye?

BARBARITA. ¿Qué dice usted, hombre de Dios?

TULA. ¿Pero habla usted todavía en hipótesis?

CASTAÑEDA. No... yo no... yo... yo...

TULA. ¡Por las Siete Llagas! ¡El revólver de Lázaro, desviado de la frente de mi hermana por el dedo de Dios, ha librado a los Ayamontes del baldón tremendo de emparentar con los Portillos! ¡En mi familia nunca ha habido homicidas!

MÓNICA. *A quien ya le duelen las pestañas de tanto parpadeo.* Zeñorita, ¿me da usté a mí permizo pa que yo me vaya?

BARBARITA. ¿Adónde?

MÓNICA. A rayá er pan pa las croquetas.

BARBARITA. No. Donde te vas es al cuidado de la cancela. Y si alguien llega, avísame.

MÓNICA. Zí, zeñora. *Se marcha a respirar un poco en otra atmósfera menos cargada, y a que las pestañas le descansen.*

BARBARITA. Oye, Tula: ¿y Virginia, qué dice?

TULA. ¡Oh, Virginia! ¡Pobre hermana mía!

CASTAÑEDA. Pobre... y dichosa.

TULA. Justo, justo. La infeliz llora sin consuelo. Y es tan generosa, y está todavía tan enamorada de ese... de ese...—no encuentro un epíteto con bastante desprecio—de ese... hombre—llamémosle hombre—que aun lo quiere salvar. Ha inventado un cuento ridículo...

BARBARITA. ¿Qué dice? ¿qué dice?

TULA. ¡Mentiras inocentes!... Que no estaba citada con él aquí...

BARBARITA. ¡Vamos!

TULA. Que vino a advertirte no sé qué cosa de la rifa... que entró en un cuarto oscuro y tropezó con una puerta de cristales...

BARBARITA. ¡Bah!

CASTAÑEDA. ¡Qué simpleza!

BARBARITA. ¡Qué papa! Lo primero que se le ha ocurrido.

TULA. Pues ha insistido tanto, que me ha hecho

venir a ver a Clemente, según ella el único testigo del hecho, para que él...

CASTAÑEDA. Pero si Clemente estaba en el palomar; ¿no es eso, Barbarita?

BARBARITA. Eso me ha dicho Mónica. Lo que hay es que Virginia, la infeliz, confía en que mi marido, que siempre ha tenido debilidad por Lázaro, buscará el medio de desfigurar la verdad y de echarle tierra al asunto. Esto es como la luz del sol.

TULA. ¿Pero qué le habrá podido enamorar a mi hermana de esa sabandija? Es malo, es traicionero, es torvo, es antipático. Es feo, es chico, es negro, es contrahecho; es un pájaro frito. ¡Si lo estoy viendo en la cazuela! Me ciego, me ciego. Soy una persona muy razonable, pero me ciego hablando de él. ¡Qué horror! ¡Tener yo un sobrino de semejante estampa!

BARBARITA. O varios.

TULA. ¡Cállate! ¡No me asustes! ¡Qué horror!

Vuelve Mónica con el anuncio de nuevos personajes.

MÓNICA. Zeñorita.

BARBARITA. ¿Qué quieres?

MÓNICA. Que ahí están la zeñorita María Martín, la zeñorita María Bedoya y la zeñorita María Cordero.

BARBARITA. ¡Ah, las tres Marías! ¡Que entren!

CASTAÑEDA. ¡Las inseparables!

BARBARITA. ¡Que entren! ¿Por qué no han entrado?

MÓNICA. Como me dijo usté que le avizara...

BARBARITA. ¡Vamos, mujer! Diles que entren.

MÓNICA. Ya mismo. *Vase corriendo.*

BARBARITA. Éstas traerán noticias.

TULA. Más correntonas no las hay.

BARBARITA. A ver qué se dice.

TULA. A ver qué se miente.

BARBARITA. Sí; porque hay que temerle a este pueblecito.

Castañeda. Pues, señor, me he encontrado en pleno foco de noticias...

Barbarita. *Adelantándose a recibir a las tres Marías nombradas por Mónica, tres muchachas inseparables, como ha dicho el señor Castañeda, y muy lindas. Vienen a cuerpo, rebosando curiosidad.* ¿De cuándo acá habéis hecho antesala en mi casa, simples?

María Martín. Eso pregúnteselo usted a Mónica. Buenas tardes.

María Bedoya. Buenas tardes.

María Cordero. Buenas tardes.

Tula. Buenas tardes, niñas.

Castañeda. Buenas tardes.

María Martín. ¿Ves tú, María Cordero? No es verdad, porque está aquí Tula.

María Cordero. Hija, yo, lo que le han dicho a María Bedoya.

Barbarita. ¿De qué?

Tula. ¿De qué?

María Bedoya. ¿De qué va a ser? María Martín, tú también lo has oído en la botica.

María Martín. En la botica lo que estaban diciendo es distinto. En la botica estaban diciendo...

Tula. Pero ¿en qué botica?

María Martín. En la de Barrado.

Tula. ¡Ah! ¡en la de Barrado!

María Martín. A esa es a la que se le llama la botica.

María Bedoya. La otra es la Farmacia Moderna.

Barbarita. ¿Qué estaban diciendo? ¿qué estaban diciendo?

María Martín. Un horror; una atrocidad.

María Cordero. Y eso es mentira, porque María Bedoya ha visto a Lázaro.

Tula. ¿A Lázaro?

Barbarita. ¿Tú has visto a Lázaro?

María Bedoya. Sí, señora, que he visto a Lázaro. Al ir en busca de éstas.

Tula. ¿Pero ese hombre está paseando su hazaña por las calles?

Barbarita. ¿Y con quién iba Lázaro?

María Bedoya. Cuando yo lo vi, ya iba solo.

Barbarita. ¿Cómo que ya iba solo? Pues ¿con quién iba antes?

María Martín. A mí me ha dicho el del puesto de fósforos que lo vió del brazo de don Clemente.

Tula. ¿Del brazo de don Clemente?

Barbarita. ¡Tate!

Castañeda. Pero, bueno, sepamos de una vez lo que se dice en la botica.

Barbarita. De lo que se diga en la botica no hay que fiarse poco ni mucho.

Castañeda. Conformes; pero, ¿qué se dice?

Barbarita. ¡Allí son *portillistas* de siempre!

Tula. ¡Convictos y confesos!

María Martín. Pues estaban diciendo que Virginia...

María Cordero. No, que Lázaro...

María Martín. No, mujer, que Virginia; déjame acabar.

Tula. ¿Es esa la voz de mi hermano Alberto?

Barbarita. Sí; la voz de Alberto es.

María Martín. Pues ¿no estaba en el campo?

Tula. En el campo estaba. ¡Y es él! ¡es él! ¡Es Alberto!

Castañeda. ¡Vaya! ¡Me quedo sin enterarme de lo que se contaba en la botica!

Sale Alberto en traje de campo, seguido de Mónica. Es un buen mozo; varonil, decidido y simpático. Viene alterado, inquieto.

Alberto. A la paz de Dios.

Tula. ¡Alberto!

ALBERTO. Felices, Barbarita.

BARBARITA. Dios te guarde.

CASTAÑEDA. Buenas tardes, mi capitán.

ALBERTO. Buenas tardes, señor Castañeda. Salud, niñas.

MARÍA MARTÍN. Hola, Alberto.

MARÍA CORDERO. Hola.

MARÍA BEDOYA. Hola.

TULA. Alberto, tú sabes ya lo sucedido. No me engañan tus ojos.

ALBERTO. Te diré. Sé lo que me ha contado Virginia.

TULA. ¡Pues no sabes nada!

ALBERTO. Al llegar del campo me he encontrado en casa un revuelo...

TULA. ¿Quién estaba allí?

ALBERTO. Mucha gente. Y ahora entraban dos o tres señoras y el cura Sánchez. Virginia tiene encima una pesadumbre mortal... Le pregunté; se turbó mucho; le vi una rozadura en la frente, un chichón...

BARBARITA. ¿Se le habrá alojado la bala?

ALBERTO. ¿Qué bala? ¡Por Dios, no hagamos folletines!

BARBARITA. No, no son folletines, Alberto...

TULA. No son folletines; son hechos, de los que hay testigos.

MARÍA MARTÍN. Por lo que contaban en la botica...

MARÍA BEDOYA. Calla tú.

ALBERTO. Precisamente a mí no me ha satisfecho la explicación que Virginia me ha dado. Lo que deduzco de ella es que entre los novios ha sucedido algo anormal, algo muy violento, algo que excede a sus ordinarios rifirrafes y peloteras.

TULA. ¡Y tanto! ¡Y tanto!

ALBERTO. Lo que sea, ha pasado aquí. Por eso he

venido. Yo, de Lázaro, a pesar de todo, tengo buena opinión.

TULA. ¿Qué hablas?

ALBERTO. Lo que oyes. Ni lo defiendo ni lo acuso. Primero he de enterarme de la verdad, para juzgar después. ¿Dónde está don Clemente, que según Virginia es el único que puede sacarme de dudas?

TULA. ¡Ah, don Clemente! ¡Cómo se acoge a don Clemente!

BARBARITA. Mira, Alberto: Virginia, la pobre, no sabe qué decir... Ponte tú en su caso, en su tribulación... Y habla de Clemente, porque tiene más fe en la bondad y en la indulgencia de Clemente, que en nada. Pero lo que ha ocurrido aquí, sólo lo ha visto Mónica.

ALBERTO. ¿Mónica?

La miran todos. Mónica tiembla como la hoja en el árbol, y se ve hecha albóndigas sin remedio.

TULA. Y en cuanto al tiro, también lo oyó Chorrito el zapatero.

ALBERTO. ¿Cómo el tiro? Pero ¿qué tiro es ese?

TULA. Ah, pero ¿ahora estás ahí?

BARBARITA. El tiro, el tiro.

MARÍA MARTÍN. Eso del tiro es lo que decían en la botica.

MARÍA BEDOYA. Eso.

MARÍA CORDERO. Eso.

Castañeda respira al cabo.

MARÍA MARTÍN. Decían que la encontró hablando en la ventana de esta casa con Antonio Mariño, y que en un arrebato de celos...

BARBARITA. ¡Valiente paparrucha! ¡Pero qué cosas inventa la gente!

TULA. ¡Esos sí que son folletines!

MARÍA MARTÍN. Yo, lo que decían.

MARÍA BEDOYA. Ésta, lo que decían.

Alberto. Bueno, bueno, bueno; hable usted, Barbarita, porque si no voy a volverme loco. Dice mi hermana que Chorrito; dice usted que Mónica...

Barbarita. Chorrito es testigo de la calle, y Mónica de casa. Verás. En dos palabras, porque comprendo tu inquietud. Estaba Mónica limpiando el polvo de la biblioteca de Clemente... *Mónica da con las pestañas en el techo.* Llegó Virginia hecha un mar de lágrimas. Él venía siguiéndole los pasos. Ella se aterró, se sobrecogió y dió un grito; al grito, salió Mónica; Lázaro entonces, viéndose perdido, le apuntó a Mónica con la pistola; Mónica huyó, sin voz para pedir socorro, y él, en este instante, disparó el arma contra Virginia, con tan buena fortuna, que sólo le rozó la frente y le quemó el pelo. ¿Es esto, Mónica?

Mónica ha desaparecido.

Barbarita. ¿Dónde está Mónica?

Tula. ¿Dónde está Mónica?

María Bedoya. ¿Y Mónica?

María Cordero. ¿Y Mónica?

María Martín. ¿Y Mónica?

Alberto. ¡Se la tragó la tierra!

Castañeda. ¡Se la tragó!

Barbarita. Bueno, es igual. Esto es lo que ha pasado, con puntos y comas.

María Bedoya. ¡Jesús, qué horror!

María Cordero. ¡Qué miedo, hija mía!

María Martín. Yo tengo los pelos de punta.

Castañeda. Ha sido realmente una enormidad.

Tula. ¿Has perdido el habla, capitán Ayamonte?

Alberto. Casi, casi. Les confieso a ustedes que no doy crédito a mis oídos, y que todo esto se me antoja una pesadilla. Pero vengamos a la realidad. Si ustedes suponen que la herida que tiene Virginia en la frente se la ha causado una bala de revólver, están en un error completo.

TULA. ¿Cómo?

BARBARITA. ¿Cómo?

CASTAÑEDA. ¿Qué?

MARÍA MARTÍN. Pues en la botica...

TULA. ¿Y Chorrito?

BARBARITA. ¿Y Mónica?

ALBERTO. Calma; un poco de juicio. Yo puedo aceptar hasta que Lázaro haya amenazado con el revólver a mi hermana, por más que se me figure muy grave; que haya sonado un tiro aquí, ya que hay quien dice que lo ha oído; pero toda otra cosa es inadmisible, un desvarío de la imaginación.

TULA. ¿Sí, eh? Pues ¿tú sabes lo que te digo yo? Que no serás digno del apellido de nuestra familia, ni de llevar al cinto la espada que llevas... cuando vas de uniforme, si ese desalmado no duerme esta noche en la cárcel.

BARBARITA. ¡Y yo estoy con Tula!

ALBERTO. Sí, en un calabozo; con grillos y cadenas. Yo sé bien lo que tengo que hacer. Desde luego, hermana, puedes tranquilizarte; las relaciones entre Virginia y Lázaro Portillo han pasado a la historia.

TULA. ¡No faltaría más!

ALBERTO. Eso, te lo juro. Y cuenta que yo fuí siempre su primer abogado. Pero desde ahora seré su mayor enemigo. No es cosa de seguir más tiempo viendo a Virginia en constante susto y en constantes lágrimas, ni de que se muera cualquier día, porque ese niño tenga el genio áspero. Ahora, ¡de esto á que vuelen bueyes!... En fin, Dios dirá. Hasta luego a todos. Buenas tardes.

TULA. ¿Adónde vas, Alberto?

ALBERTO. ¿Adónde he de ir? A buscar a don Clemente, y a buscar a Lázaro.

TULA. ¿A Lázaro también?

ALBERTO. ¡Claro, mujer, claro! ¡Para que me diga la verdad!

BARBARITA. Pero ¿tú crees que va a decírtela?

ALBERTO. Yo le hablaré de modo que no se atreva a desfigurarla.

TULA. ¡Más sangre, no, Alberto!

ALBERTO. Hija mía, hasta ahora ha habido muy poquita. Serénate. Lo dicho, buenas tardes.

BARBARITA. Buenas tardes.

MARÍA MARTÍN. Adiós, Alberto.

CASTAÑEDA. ¡Calma, mi capitán; mucha calma!

TULA. ¡Dios Todopoderoso! ¡Señor mío de las Siete Llagas, identifícalo conmigo! ¡Ay, Barbarita!

BARBARITA. ¡Ay, Tula!

TULA. Yo estoy a punto de un ataque de nervios. Acompáñame a casa.

BARBARITA. Sí, hija, sí; yo también, por mi parte, deseo ya ver a Virginia.

MARÍA CORDERO. Pues vámonos nosotras, María Martín, que tu madre espera.

MARÍA MARTÍN. Nos iremos juntas las cinco.

TULA. No, niñas; me habéis de dispensar. Yo saldré con Barbarita por el postigo. No quiero llamar la atención.

MARÍA MARTÍN. Ah, bueno, bueno.

BARBARITA. Id con Dios, entonces.

MARÍA MARTÍN. Condiós.

MARÍA BEDOYA. Condiós.

MARÍA CORDERO. Que se alivie Virginia.

TULA. Muchas gracias.

BARBARITA. Dificililllo va a ser llegar hasta tu casa sin tropezar con nadie.

MARÍA MARTÍN. De esta hecha, concluyen. Mira tú si era verdad lo de la botica.

Barbarita y Tula se marchan por la puerta del in-

terior, y las tres Marías, comentando el suceso, por la de la calle.

Castañeda, que ha extendido la mano tres o cuatro veces, queriendo despedirse de unas y otras, no ha conseguido que ninguna de ellas le haga caso.

CASTAÑEDA. ¡Pobres mujeres!... ¡Qué aturdidas están! La verdad es que ha podido haber aquí un drama tan en tonto... Y haga el cielo que no se encone lo pasado.

Llega Mónica por la puerta del exterior.

MÓNICA. Ah, ¿usté no ze ha ido?

CASTAÑEDA. No; pero me voy, me voy ya. ¿Tú serás capaz de cumplir un encargo?

MÓNICA. Mándeme usté.

CASTAÑEDA. Vas a entregarle este paquetito á don Clemente, de parte mía. Ya sabe él lo que es. Y le dices, fíjate...

MÓNICA. Zí, zeñó.

CASTAÑEDA. Que mañana, a las siete de la mañana, vendrá el muchacho de la imprenta. ¿Has comprendido? Que mañana, a las siete de la mañana, vendrá el muchacho de la imprenta. ¿Me oyes?

MÓNICA. Zí, zeñó; zino que me parecía que arguien hablaba por ahí dentro.

CASTAÑEDA. ¿Pero estás en mi encargo?

MÓNICA. Zí, zeñó: que mañana, a las ziete de la mañana, vendrá er muchacho de la emprenta. No pué zé más zenciyo...

CASTAÑEDA. Sí, sí; pero con estos dramas... Quédate con Dios.

MÓNICA. Usté lo paze bien.

CASTAÑEDA. ¡La cara que va a poner mi mujer cuando yo le diga...! *Se marcha a la calle.*

Mónica coloca el rollito de pruebas sobre la mesita auxiliar, y cuando va a irse al interior de la casa, sale por aquella puerta don Clemente, hablando solo,

con toda la indignación de que es capaz su bondadoso espíritu.

Don Clemente. ¡Qué absurdo! ¡qué delirio! ¡Son locas, locas!

Mónica. ¡Anda! ¡Zi está aquí don Clemente!

Don Clemente. ¡Pero locas de atar! ¡Qué fantasía más calenturienta! ¿Pues no dicen que Lázaro le ha disparado un tiro a Virginia?

Mónica. *Haciéndose presente.* ¡Y er zapatero dice que lo ha oído! ¡Pa que lo zepa usté!

Don Clemente. ¿Sí, verdad? ¡Pues al zapatero y a cuantos afirmen que han oído ese tiro, que aquí no ha disparado nadie, son a los que yo voy a meter presos! ¡Corre de mi cuenta!

Mónica. ¡Yo me tengo que confezá mañana! *Vase adentro.*

Don Clemente. ¡Ay, don Ponciano de mis culpas! Te absuelvo, en parte. ¡Qué difícil es ser historiador en esta Puebla de las Mujeres!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado tres días y es por la mañana.

Vienen de la calle las tres Marías. Las acompaña Mónica. María Martín trae en la mano un ejemplar de «Puebla Artística». La cara de Mónica revela una secreta preocupación.

MÓNICA. Pazen ustedes y le avizaré a la zeñorita.

MARÍA MARTÍN. Dile que no tenemos prisa ninguna: que acabe lo que tenga que hacer.

MÓNICA. Ahora poco estaba viendo un periódico. *Se va al interior.*

MARÍA MARTÍN. A ver qué dice don Clemente cuando lo lea aquí.

MARÍA CORDERO. Ya lo habrá leído, chiquilla.

MARÍA MARTÍN. Pero a ver qué dice.

MARÍA BEDOYA. Lo que siempre. Negará la verdad, como Virginia y como Lázaro.

MARÍA MARTÍN. Mira que Virginia se ha encastillado en que no pasó más que lo que ella cuenta, y quiere que el pueblo comulgue con ruedas de molino. ¡A mí me da una rabia cuando la oigo!...

MARÍA BEDOYA. Y a mí.

MARÍA CORDERO. A mí no, porque me pongo en que lo hace por defenderlo a él.

MARÍA MARTÍN. Sí; para echárselas de enamorada.

María Bedoya. Cuando es ella la que tiene la culpa de tanta riña.

María Cordero. Ella y él.

María Martín. Ella, ella, que coquetea mucho.

María Cordero. No, hija; él, que es insoportable. Si a mí me tocara un hombre con esos prontos...

Sale don Clemente de la biblioteca.

Don Clemente. ¿Quién picotea por aquí? ¡Hola! ¡las tres Marías!

María Martín. Para servir a usted, don Clemente.

Don Clemente. ¿Sabe Barbarita que habéis venido?

María Bedoya. Ha ido a avisarle Mónica.

Don Clemente. ¿Cómo va esa rifa?

María Cordero. Mejor que ningún año.

María Bedoya. Se creía Virginia que si ella no vendía papeletas no iba a venderse una.

María Martín. A propósito de Virginia. ¿Ha leído usted la *Puebla Artística* de hoy?

Don Clemente. No; todavía no: la tendrá Barbarita.

María Martín. Pues entérese usted de lo que pone en los *Ecos de Sociedad:* la primera noticia.

Don Clemente. ¿Alguna boda?

María Martín. No está mala boda. Entérese usted. ¿O quiere usted que yo se la lea?

Don Clemente. Léemela tú.

María Martín. *Leyendo, muy ufana de ello.* «*Ecos de Sociedad.* La verdad en su punto.»

Don Clemente. ¡Adiós mi dinero! Pero ¿es sobre la *tragedia* del otro día?

María Martín. Pues ¿sobre qué va a ser?

Don Clemente. ¡No me la leas entonces, María Martín! ¡Me voy antes de oírla!

María Martín. Si es muy cortita, don Clemente. *Leyendo.* «La verdad en su punto.»

DON CLEMENTE. No me lo harás bueno, Castañeda.

MARÍA MARTÍN. «Contra todo lo que se ha fantaseado y propalado durante las primeras cuarenta y ocho horas subsiguientes al ruidoso suceso acaecido en la tarde del lunes en casa de una ilustre personalidad, podemos afirmar la verdad del caso, que hoy está ya en la conciencia de todo el mundo. La leve herida que se causó en la frente la bella señorita heroína de aquél...»

DON CLEMENTE. Sigue.

MARÍA MARTÍN. «No fué en manera alguna producida por el proyectil que contra ella disparó la crispada mano que armaron los celos...»

DON CLEMENTE. ¡Jesús!

MARÍA MARTÍN. «El proyectil en cuestión fué a incrustarse en un muro...»

DON CLEMENTE. ¡En el nombre del Padre!

MARÍA MARTÍN. «... Y la señorita de *** se hirió tropezando en un mueble al huir aterrada del insólito e inesperado ataque. Quede la verdad en su punto.»

DON CLEMENTE. ¡Vaya! ¡Tijeretas han de ser! ¡Estamos frescos!

MARÍA MARTÍN. Cuando el río suena...

MARÍA BEDOYA. No valen disimulos, don Clemente.

DON CLEMENTE. ¿Queréis callar? ¡Jesús, qué jaleo! ¡Por si era poco lo que la gente lleva y trae la dichosa historia, se le ocurre a ese cerebro de mosquito darle la autoridad de la letra impresa en una gacetilla! ¡Es memo de remate! Me va a oír luego en el Casino.

MARÍA MARTÍN. Pero ¿por qué se empeña usted en llevarle la contra a todo el mundo?

DON CLEMENTE. Hija mía, ¿por qué todo el mun-

do se empeña en llevármela a mí, que soy el único testigo de lo sucedido? ¡Es mucha obstinación! ¡En tres días lo he referido diez millones de veces! ¡Hasta en cruz me he puesto para que me crean! No; y no lo cuento más. Voy a publicar un pliego de aleluyas, a ver si corre mejor suerte.

María Cordero. ¡Ay, un pliego de aleluyas, dice!

María Bedoya. Pues mira, se presta el asunto.

Don Clemente. ¿Cómo si se presta?

A casa de don Clemente
llega Virginia inocente.

Sueltan la risa las muchachas.

El zapatero la mira
y ya cuaja una mentira.

Dan en el Ayuntamiento
las cinco en este momento.

Lo hago, lo hago. Ya veis si tengo facilidad.

María Martín. Sí que estaría gracioso.

Por la puerta del interior aparece en esto con aire triunfal Barbarita, *que trae otro ejemplar de* «Puebla Artística», *abierto por la página que es de suponer.*

Barbarita. ¡Clemente! Buenos días, niñas.

María Martín. Buenos días, Barbarita.

María Cordero. Buenos días.

María Bedoya. Buenos días.

Barbarita. Mira esto.

Don Clemente. Ah, ¿tú también?

Barbarita. Mira, mira.

Don Clemente. ¡Si lo he visto ya!

Barbarita. ¿Y ahora, qué dices?

Don Clemente. ¿Eh?

Barbarita. ¿Qué dices ahora?

DON CLEMENTE. ¡Que te cuenten éstas: voy a publicar unas aleluyas!

Y Barbarita se empeña
en que es verdad lo que sueña.

Nuevas risas.

BARBARITA. No, no; sin chirigotas: ¿qué dices?

DON CLEMENTE. ¡Caray! ¿qué he de decir? ¡Lo mismo que antes!

BARBARITA. ¿De manera que lo ves en el periódico y todavía discutes?

DON CLEMENTE. ¡Es que antes que en el periódico lo he visto en esta sala, mujer!

BARBARITA. Sí, sí: pues ve tú a convencer a la gente.

DON CLEMENTE. ¡Ta, ta, ta, ta!... Y el infeliz de Castañeda—porque mala intención no puedo atribuirle—viene ahora con la gacetilla de Dios a echar leña al fuego.

Óyese dentro la voz de Tula, entre airada y gozosa.

TULA. ¿Don Clemente?

DON CLEMENTE. ¿Quién?

BARBARITA. ¡Tula, con dos números!

DON CLEMENTE. ¡Adiós! ¡Me voy a la azotea!

BARBARITA. No, no; quédate aquí; quédate.

MARÍA MARTÍN. Si se escapa usted es cuando le quitamos ya la razón por completo.

Llega Tula por la puerta de la calle, con otro ejemplar de lo mismo.

TULA. ¿Don Clemente? Santos y buenos días a todos.

BARBARITA. Ven con Dios.

MARÍA MARTÍN. Buenos días.

TULA. *Presentándole con arrogancia a don Clemente la noticia impresa.* ¿Eh?

DON CLEMENTE. Ya, ya. Conozco el documento.

TULA. ¿Lo conoce usted?

DON CLEMENTE. Llega usted la tercera a enseñármelo. «*Rara avis*».

TULA. Sin latines. ¿Quién tenía razón?

DON CLEMENTE. ¡Qué gracia! ¡La tenía yo, y sigo teniéndola!

TULA. Ah, ¿sí?

BARBARITA. De ahí no hay quien lo saque.

MARÍA BEDOYA. No hay quien lo saque.

MARÍA MARTÍN. Se ha encerrado...

TULA. Pero ¿no lo está usted viendo en letra de molde?

DON CLEMENTE. Pero ¿me van ustedes a volver el juicio? ¡Así lo viera tallado en mármol, señora! ¡Los periódicos los escriben los hombres!

TULA. ¿Qué quiere usted decir?

DON CLEMENTE. ¡Que eso para mí tiene el mismo valor que si se lo hubiera oído decir a Castañeda en el Casino! ¡Está equivocado, y rectificará!

TULA. ¡Ah, no; no sueñe usted con rectificaciones!

BARBARITA. ¡No rectificará!

MARÍA MARTÍN. ¡No rectificará!

MARÍA CORDERO. ¡No rectificará!

MARÍA BEDOYA. ¡No rectificará!

DON CLEMENTE. Peor para todos, si no rectifica. Y es posible que tengan ustedes razón. Porque Castañeda, hombre modesto y humildísimo, en cuanto imprime una tontería ya la ve a otra luz, y se vuelve altivo y presuntuoso, y la defiende con dientes y uñas. Es más: así como mi mujer cree que no pasa más que lo que ella imagina, Castañeda cree que lo que él imprime es lo que pasa. Pero, en fin, si no rectifica, como no sería serio que yo dejase rodar la bola sin mi protesta, enviaré una carta al *Diario*...

TULA. ¡En el *Diario* encontrará usted franca acogida! ¡Es de los Portillos!... ¿Para qué voy a decir más?

Pero yo me encargo de que corra la *Puebla Artística*. Ya le he certificado a mi hermano Alberto cinco ejemplares. No piense el capitán que le vale la fuga.

DON CLEMENTE. Señora, el capitán no se ha fugado.

TULA. ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. ¡No se ha fugado!

BARBARITA. ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. ¡Bueno!

MARÍA MARTÍN. *Envolviendo en un suspiro la frase.* ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. Lo que ustedes gusten. A Alberto le ha ocurrido sencillamente que habló con Virginia, que habló con Lázaro, que habló conmigo...

BARBARITA. ¡Y lo engañaron entre los tres!

DON CLEMENTE. ¡Dale, bola! Supo el hombre la verdad, y se fué a Sevilla. ¡Hizo divinamente! ¡Quién lo hubiera seguido! ¡Como que si sigue aquí, sale a duelo diario! Y vamos a variar de conversación, que me estoy poniendo nervioso.

MARÍA MARTÍN. Nosotras nos marchamos. Barbarita, veníamos a decirle a usted que el reloj del alcalde de Huelva le tocó anoche a Pepe Lora, y ha vuelto a regalarlo.

BARBARITA. Sí, ¿eh? ¡Mira Pepe Lora!

MARÍA CORDERO. Pepe Lora es bruto, pero es rumboso.

MARÍA BEDOYA. ¿Usted va luego por allí?

BARBARITA. De cuatro a cinco.

MARÍA MARTÍN. Pues hasta la tarde.

MARÍA BEDOYA. Hasta la tarde.

BARBARITA. Hasta la tarde.

MARÍA MARTÍN. Con Dios, Tula.

MARÍA CORDERO. Con Dios, don Clemente.

TULA. Id con Dios.

DON CLEMENTE. Id con Dios, niñas; id con Dios.

Se van a la calle las tres Marías.

Tula. ¿De modo, señor don Clemente, que en usted, a pesar de la letra impresa, seguimos teniendo un enemigo?

Don Clemente. No, sino un amigo de la verdad. ¡Por Dios crucificado, Tula! Usted, que es una criatura tan razonable siempre...

Tula. Por eso; por lo mismo que soy tan razonable, voy a decirle a usted mi definitiva opinión sobre el caso.

Don Clemente. A verla.

Tula. Quiero suponer que la verdad es la que usted afirma; quiero creerlo...

Don Clemente. ¡Como que es la verdad!

Barbarita. ¡Je!

La mira don Clemente.

Tula. Lo creo desde ahora. Aun le concedo a usted que Lázaro entró aquí y se hincó de rodillas ante mi hermana.

Don Clemente. No; eso no pasó.

Tula. Yo se lo concedo a usted de buen grado.

Don Clemente. Muchas gracias, Tula.

Tula. Pues bien: creyendo lo uno y concediendo lo otro, yo, Tula Ayamonte y Agustino, viuda de Canseco, le seguiré diciendo a quien quiera oírme que la verdad es ésta. *Golpea el periódico.* ¡Ésta, y sólo ésta!

Barbarita. ¡La que es!

Don Clemente. ¿Quieres callar tú, Barbarita?

Tula. Y lo diré hoy, y mañana, y el mes que viene, y el año que viene, y el siglo que viene.

Don Clemente. Bien; pero...

Tula. ¡Y en la hora de mi muerte continuaré sosteniendo lo mismo!

Don Clemente. ¡Y se condenará usted, e irá al infierno de cabeza!

TULA. ¡Pues en el infierno repetiré que Lázaro disparó contra Virginia!

BARBARITA. Y yo en el purgatorio.

TULA. *Bajando la voz.* Y he sido yo—sépalo usted, si no lo sabe—quien le ha sugerido a Castañeda la idea de publicarlo. Que ¿por qué? ¡Porque siendo ésta la verdad, la sima abierta entre Portillos y Ayamontes se hace más profunda que nunca, y ya no corre mi desdichada hermana ningún peligro de unirse a quien no la merece! ¿Ha comprendido usted?

DON CLEMENTE. Del todo. Está clarísimo. Usted allá con su conciencia.

TULA. ¡Con mi conciencia!... Del infierno no he de pasar, y ya le he dicho a usted mis intenciones... Bárbara, ¿tú le escribiste a tu sobrino?

BARBARITA. ¿A Anacleto? Sí; hoy a primera hora.

Don Clemente vuelve a mirarla. Luego la escucha sorprendido.

TULA. ¿Contándoselo todo?

BARBARITA. Todo. Con pelos y señales. Y recargando algunas tintas. Cuatro pliegos cruzados.

TULA. ¡Ajajá! Que venga, sí; que venga. Que oiga mi hermana en estos momentos palabras de amor de otro hombre. Y ya dejo a ustedes. Hasta luego.

DON CLEMENTE. Vaya usted con Dios.

BARBARITA. Hasta luego.

TULA. Me salgo por la puerta falsa.

Márchase.

DON CLEMENTE. ¡Qué arpía de mujer! ¡Se comprende que reventara Canseco! Y oye, oye una cosa, Barbarita: ¿es verdad que le has escrito a Anacleto?

BARBARITA. No.

DON CLEMENTE. Entonces, ¿por qué se lo has dicho?

BARBARITA. Porque me cogió de repente.

DON CLEMENTE. ¡Bueno va!

BARBARITA. Y porque de hoy no pasa que le escriba.

DON CLEMENTE. Te guardarás muy bien de contarle ninguna bola.

BARBARITA. Le contaré lo que ha ocurrido, ce por be. Tú verás la carta.

DON CLEMENTE. Eso es lo mejor. No quiero que salga de aquí nada que pueda perjudicar al otro pobre.

BARBARITA. ¡Ave María, Clemente! Parece Lázaro hijo tuyo.

DON CLEMENTE. Mujer, lo quiero bien. Es de los pocos con quien se puede hablar en Puebla... Ha sido muy desgraciado en estos amores con Virginia...

BARBARITA. ¡Anacleto le da cien vueltas! ¡Y ése sí que la hará dichosa!

DON CLEMENTE. ¡Ojalá!

BARBARITA. Voy a proponerle que se pase con nosotros otra temporadita.

DON CLEMENTE. Bueno.

BARBARITA. ¿Estás conforme?

DON CLEMENTE. Sí, hija. Que venga cuando guste; esta es su casa. Pero que no se traiga el gramófono, como el año pasado.

BARBARITA. Ah, no temas. Yo se lo encargaré. Ahora no vendrá más que por Virginia. ¡Cómo la quiere!... Le diré que está encantadora. Y muy triste. Y que se ha querido tomar un veneno.

DON CLEMENTE. ¡Anda con esa!

BARBARITA. Por idealizarla un poquillo.

DON CLEMENTE. ¡Y por mentir, que te alimenta! Como ayer tarde, que me pusiste colorado a cuenta del vargueño. ¡Lo voy a regalar!

BARBARITA. ¡Eso sí que no! ¿Por qué te puse colorado?

DON CLEMENTE. Caí en un lazo que me tendió

doña Belén Zurita. ¿A qué le has dicho que me ha costado treinta mil reales?

BARBARITA. ¿Y qué vas tú perdiendo con eso?

DON CLEMENTE. ¿A qué le has dicho que perteneció a Felipe II?

BARBARITA. ¡Hijo mío, porque no hace más que refregarme todos los días su sillería Luis XV!

DON CLEMENTE. ¡Vaya una razón!

BARBARITA. No he tenido otra. Y, en fin de cuentas, ¿el mueble no ha podido ser de Felipe II?

DON CLEMENTE. Ya; eso sí...

BARBARITA. ¡Pues mientras lo averiguan!...

DON CLEMENTE. ¡Adelante! Menos mal que no es un embuste anacrónico.

Sale Mónica por la puerta del interior, dispuesta a sacar a luz la procesión que lleva por dentro.

MÓNICA. Zeñorita Bárbara.

BARBARITA. ¿Qué quieres?

MÓNICA. Que desde ayé tengo que decirle a usté una coza.

BARBARITA. ¿Y a qué has aguardado?

MÓNICA. A determinarme.

BARBARITA. Pues dime, dime ya lo que sea.

MÓNICA. Zeñorito don Clemente.

DON CLEMENTE. ¿Qué hay?

MÓNICA. Que desde ayé también tengo que decirle a usté la misma coza.

DON CLEMENTE. ¿A mí? ¡A mí no te dirijas para nada, embustera! ¡Te van a ahorcar por embustera!

MÓNICA. *Lloriqueando.* ¡Ay, zeñó; no me azuste usté, que estoy mala!

DON CLEMENTE. De una indigestión de embustes será.

BARBARITA. ¡O de un atracón de sandía!

MÓNICA. No, zeñora. No es de ezo. Desde ayé no pazo bocao.

Barbarita. Bueno, pues di ya lo que te sucede.

Mónica. Han de zabé los zeñoritos que ayé de mañana fuí a confezarme.

Don Clemente. ¿Hola?

Mónica. Zí, zeñó. Estaba yo queriendo confezarme desde que pazó aqueyo.

Don Clemente. ¡Y falta te hacía!

Barbarita. Calla tú; a ver por dónde se descuelga.

Mónica. Pos fuí y me confezé, con un tembló que ni hablá me dejaba, y le dije ar padre mis pecaos; tos mis pecaos... ¡tos, tos mis pecaos! Y er padre principió a reñirme; y yo me eché entonces a yorá, y le dije que estaba arrepentía... y ér fué y me mandó que en el azunto de la zeñorita Virginia, que era er pecao más grande que yo yevaba, dijeze la verdá, y la verdá, y la verdá.

Las pestañas se ponen en juego.

Barbarita. La verdad ya la has dicho.

Don Clemente. ¿Qué había de haberla dicho, si temía que tú la despidieses, y que su padre la picara para unas frituras? ¿No es así?

Mónica. Zí, zeñó. No me riñá usté, zeñorita. La verdá es que yo estaba en la caye cuando zonó er tiro que usté me dijo que yo oí, y que me fartó való pa decirle a usté que no lo había oído.

Don Clemente. ¡Ahí entra la verdad de la historia!

Barbarita. Sí, sí...

Mónica. No me riña usté, zeñorita. Yo zalí con permizo de don Clemente.

Don Clemente. Justo.

Mónica. Fuí a la tienda por azafrán...

Don Clemente. ¿Cómo por azafrán? ¡Fuiste al Correo a echar una carta para tu novio! ¿Ya te has olvidado del cura?

MÓNICA. *Muertecita de miedo.* Eza es la verdá, zeñorita... Fuí ar Correo a echá una carta pa mi novio... ¡No me riña usté, que lo quiero mucho! Pero er zeñorito me dijo que le diría a usté que yo no había zalío de caza...

DON CLEMENTE. ¡Voy a tener que confesarme yo también!

BARBARITA. No te vendrá mal, no... Y eso que para lo que sirve... Suponiendo que sea verdad que ésta se ha confesado...

MÓNICA. Zí, zeñora, que me he confezao. Zi no me cree usté a mí, pregúntezelo usté ar padre cura.

BARBARITA. ¿Con qué cura ha sido?

MÓNICA. Con er padre don Ezequié.

BARBARITA. *¡Portillista!*

DON CLEMENTE. ¡Barbarita, por Dios!

BARBARITA. ¿Y sabes tú lo que yo te digo, mosquita muerta? Que cuando vas tú, yo he vuelto hace ya un rato. Siempre que quieras que se te crea la verdad sobre alguna cosa, dila en el momento preciso, y no tres días después. Tres días después nadie va a creerte. Porque en tres días hay tiempo de recibir muchos consejos y de prestarse a muchas composturas.

DON CLEMENTE. ¡Ya escampa!

MÓNICA. Zeñorita, yo...

BARBARITA. A la cocina, a la cocina.

MÓNICA. Mire usté que me dijo er padre...

BARBARITA. ¡A la cocina! El padre, y tú, y todos, se empeñan en vestir a su gusto el muñeco, y ya es un poco tarde para disfrazarlo.

DON CLEMENTE. ¡Inútil, inútil!... Ni curas, ni papas... No la reduce nadie. El mejor día se te va a descarar Herodoto.

BARBARITA. ¿Quién?

DON CLEMENTE. Herodoto. O el Padre Mariana.

Barbarita. Pues tampoco me morderé la lengua.

Mónica. *Viendo a Virginia llegar cuando ella va a marcharse.* ¡Aquí está la zeñorita Virginia!

Barbarita. ¿La señorita Virginia?

Don Clemente. Y viene por ahí... Repara qué favorecida está la puerta del postigo desde que hay estas trapisondas. ¡Y yo no logro leer tres páginas seguidas!

Sale Virginia y se va Mónica, no tan tranquila como ella creía que iba a irse después de su declaración.

Barbarita. Hola, preciosidad.

Virginia. Buenos días, Barbarita. Buenos días, don Clemente.

Don Clemente. Ven con Dios, heroína de novela.

Virginia. *Indignada.* Pero ¿ha visto usted la paparrucha que trae la *Puebla Artística*?

Don Clemente. Cuéntaselo a tu hermana.

Virginia. ¿Por qué?

Don Clemente. Porque ha sido la inspiradora.

Barbarita. Mira, Clemente: mira, Virginia: ni Tula, ni nadie. No me hagáis saltar. Las cosas son las cosas: lo verde es verde, lo negro es negro y lo blanco es blanco, si se tienen los ojos en su sitio.

Virginia. ¡Pero, Barbarita, por todos los santos del cielo!... ¿Cómo quiere usted que yo le jure...? ¡A mí ya me faltan las fuerzas!

Don Clemente. Déjala, déjala. A ésta hay que dejarla, Virginia.

Barbarita. Sí; es lo mejor. ¡A ésta... y a medio pueblo!

Don Clemente. En cuanto a la papa de la revista, no te apure. A pesar de Tula. Ahora mismo me voy a llegar al Casino, donde estará Castañeda jugando al ajedrez, y allí lo cojo frito: o rectifica o perdemos las amistades. Simplemente. Sí; porque las pala-

bras pueden volar; pero lo impreso, impreso queda.

VIRGINIA. ¡Y creo que además han telegrafiado a Huelva y a Sevilla!...

DON CLEMENTE. ¡Es natural!... ¡La pelota rodando!... Pues, nada, nada; yo voy allá al momento.

VIRGINIA. Sí, sí; vaya usted.

DON CLEMENTE. Valga por lo que valga, allá voy. Hasta luego, nena.

BARBARITA. Hasta luego. ¡Bastante vas a conseguir!

VIRGINIA. Adiós, don Clemente.

DON CLEMENTE. Me iré yo también por la puerta falsa, para desesperación del zapatero, que de este modo no me ve salir. *Vase.*

BARBARITA. *A Virginia.* Una de sus mil tonterías: no lo ve el zapatero, pero lo verá doña Tránsito, que son seis zapateros juntos.

VIRGINIA. Bueno, Barbarita, y ahora que estamos las dos solas: ¿usted por qué se empeña en sostener lo que no ha sido?

BARBARITA. ¿Y tú, infeliz, por qué te empeñas en lo otro?

VIRGINIA. ¡Porque es la verdad!

BARBARITA. Pero ¿no comprendes que nadie ha de creerte?

VIRGINIA. ¡Ese es mi tormento; que veo que hasta los que dicen que me creen ponen un gestito de duda!

BARBARITA. ¡Claro!

VIRGINIA. ¿Qué ha de ser claro, Barbarita? ¿Por qué ha de ser claro?

BARBARITA. ¡Porque un día sí y otro también, Lázaro y tú habéis andado poco menos que a tiros! ¡Y esto lo sabe toda Puebla!

VIRGINIA. ¡Ay, Señor, Señor!...

BARBARITA. No llores; si debes alegrarte.

VIRGINIA. ¡No me lo diga usted también! ¡Bastante esfuerzo hago para no escuchar a mi corazón, que se subleva contra todos! ¡Nadie sabe cómo yo quiero a Lázaro!

BARBARITA. Yo, sí.

VIRGINIA. ¡Ni usted ni nadie! ¡Él y yo solos lo sabemos!

BARBARITA. Esas relaciones no tienen hechura, Virginia; son un disparate... ¡Y después de la última campanada!...

VIRGINIA. ¿Otra vez? ¡Es lo que más me irrita! Mi hermano Alberto, para irse a Sevilla, me arrancó la promesa de que yo no volvería nunca más a hablar con ese hombre.

BARBARITA. Ya lo ves: tu hermano.

VIRGINIA. Dios es testigo de la violencia que me costó ofrecérselo; pero Dios sabe también que fuí sincera. Pues mire usted: tentada estoy, como el pueblo no ceje en atribuirle a Lázaro lo que no ha hecho...

BARBARITA. ¿Adónde vas, chiquilla?

VIRGINIA. ¡Tentada estoy de faltar a lo prometido y de seguir en amores con él, para darles a todos en la cabeza!

BARBARITA. ¡Jesús!

VIRGINIA. ¡Es muy duro, Barbarita, es muy duro, me sabe a mí a hiel y a vinagre, que sobre sacrificar lo que sacrifico, le dé yo crédito al hacerlo a una calumnia de la gente!

BARBARITA. ¡Una calumnia!...

VIRGINIA. ¡Una calumnia, sí! ¡Y lo menos con que me conformo es con que él se entere de que lo defiendo!

BARBARITA. Él está al cabo de la calle, mujer. Si no te conociera.

VIRGINIA. No, señora, no; porque así como a mi casa va la gente a hablarme mal de él y de su fami-

lia, con él harán lo propio. ¡Me horroriza lo que se inventará! ¡lo que le dirán que yo digo!

Barbarita. Tranquilízate... Si lo que te desasosiega más que nada es eso, medios hay... Con que llegue a sus oídos esta conversación... ¿Quieres tú que se la cuente yo misma?

Virginia. ¿Usted?

Barbarita. No te fías de mí.

Virginia. No se moleste usted, ¡pero si empiezo por desconfiar de los míos!

Barbarita. Sí, claro está: se te antojan los dedos huéspedes... enemigos de Lázaro... ¿Y si fuera Clemente a verlo?

Virginia. ¿Y a contarle esto que yo digo?

Barbarita. Sí.

Virginia. ¡Me daría un consuelo muy grande! Yo quería pedírselo... y no me había atrevido delante de usted.

Barbarita. ¡Inocente! Pues, nada, nada; en cuanto vuelva le diré que se llegue a tu casa. ¡Y tú le encargas lo que quieras!

Virginia. Dios se lo pague a usted.

Barbarita. Todo, menos volver a lo pasado, hija mía. No te enojes.

Virginia. Bueno, sí, bueno... ¡Qué suplicio! *Silencio.* En fin, me marcho ya.

Barbarita. ¿Ya?

Virginia. Sí, señora. No se piense mi madre, si tardo, que me he encontrado a Lázaro por ahí y que me ha cortado la cabeza.

Barbarita. ¡Qué graciosa eres! Yo también voy a salir un instante. A casa de Santita, que tiene otra vez a Pilarcita con catarro. *Llamando desde la ventana.* ¡Mónica! ¡Trae mi chal! Coge unos catarros esa chiquilla que no me gustan nada. Se la debían llevar a la sierra una temporadita.

VIRGINIA. ¿Le dirá usted eso a don Clemente?

BARBARITA. ¡Ya lo creo! ¿No te lo he ofrecido? Descansa en mí.

Viene Mónica con el chal pedido por la puerta del interior, y después de dárselo a Barbarita, se retira por la de enfrente.

MÓNICA. Aquí tiene usté er chá, zeñorita.

VIRGINIA. Pues yo me marcho por aquí.

BARBARITA. Pues anda con Dios. ¡Y alegra ese semblante!

VIRGINIA. Lo que es eso...

BARBARITA. ¡Demonio de hombre!... ¡Tengo más ganas de que desaparezca!...

Se van las dos, cada una por puerta distinta: Barbarita por la de la calle y Virginia por la del postigo. Queda la escena sola. Momentos después vuelve a salir Virginia sobrecogida, temblorosa. Lázaro la sigue a pocos pasos, y aparece tras la primera frase de ella.

VIRGINIA. ¡La Virgen Santísima me valga! ¿Es que lo quiere Dios?

LÁZARO. No me huyas, Virginia. Te juro que en todo pensaba menos en encontrarte.

VIRGINIA. Yo tampoco sospechaba que tú vinieras.

LÁZARO. Ha sido una casualidad. Vagaba por ahí, y he dado en esta casa inconscientemente.

VIRGINIA. Pues yo no: yo vine a lo que vine.

LÁZARO. Dios lo habrá querido.

VIRGINIA. No sé.

LÁZARO. ¿Te pesa?

VIRGINIA. ¿Y a ti?

LÁZARO. A mí, no. No es que no me pesa: es que me alegro. Con lo que sucede y con lo que se dice, Virginia, era ya indispensable que habláramos. Y mira por donde, gracias a la casualidad o a la Providencia, nos vemos aquí frente a frente.

VIRGINIA. Yo, por mí, aunque lo deseara, no lo habría buscado. Pero, eso sí: no quería quedarme sin que supieras una cosa.

LÁZARO. ¿Cuál?

VIRGINIA. Que te he defendido.

LÁZARO. Lo sabía.

VIRGINIA. ¿Por quién?

LÁZARO. Por nadie. A escuchar a la gente, habría creído que me atacabas. Pero te escuchaba a ti misma, que siempre vas conmigo.

VIRGINIA. ¿Estás seguro?

LÁZARO. Ya ves cómo he sabido que me defendías.

VIRGINIA. ¡Dichoso pueblo! ¡Dichosa gente! ¡La infamia que han urdido entre todos!

LÁZARO. Atizada por el deseo de separarnos; por el odio de nuestras casas; por el odio de mucha gente, que nosotros hemos de pagar. Si no, no habrían llegado a suponer tantas atrocidades.

VIRGINIA. Quizás nosotros mismos tengamos un poco de culpa... Nuestro carácter, nuestra vehemencia, nuestras riñas...

LÁZARO. Quizás: no lo discuto.

VIRGINIA. Pero esa culpa nuestra no ha nacido nunca del odio. ¿Verdad, Lázaro?

LÁZARO. ¿No ha de ser verdad? *Mira inquieto a una y otra puerta, temiendo que alguien llegue.* ¿Estamos solos? ¿No hay en la casa nadie?

VIRGINIA. Nadie. Don Clemente y Barbarita han salido.

LÁZARO. Entre nosotros, cuanto haya pasado hasta ahora, ha tenido una misma raíz: los celos. Celos inverosímiles, absurdos, pero leales: hijos de un cariño absorbente, del mutuo deseo de no respirar siquiera el uno sin noticia del otro. ¿Es así?

VIRGINIA. Has hablado como si te dictara yo. Y

esos celos harán padecer, harán sufrir, harán llorar, pero nunca ofenden.

LÁZARO. Sin embargo, hay que reconocerlo: ¡cuántas noches nos hemos separado ofendidos, verdaderamente ofendidos, llorando tú, rabiando yo, y jurándonos que era aquella la última vez que nos veíamos!

VIRGINIA. Para acostarnos y no dormir en toda la noche, pensando sólo en lo infundado del disgusto, y soñar con que amaneciese... para volver a vernos. Hay que reconocerlo también; ¿no, Lázaro?

LÁZARO. También; también. Algo hay, sin duda, en nuestro cariño, que al mismo tiempo nos atrae y nos separa.

VIRGINIA. Quizás recogemos en nuestras personas un reflejo de ese rencor que divide a las dos familias...

LÁZARO. Tal vez nos hemos enamorado de un imposible, y pagamos nuestra temeridad o nuestra ceguera.

VIRGINIA. Tal vez: lo he pensado, lo he dicho cien veces...

LÁZARO. El tiempo hablará. *Pausa.* Tu hermano Alberto no se fué a Sevilla hasta arrancarte la palabra de que reñías definitivamente conmigo.

VIRGINIA. ¿Quién te ha contado eso?

LÁZARO. Nadie, tampoco. Pero ¿es cierto o no?

VIRGINIA. Es cierto... por desgracia.

LÁZARO. ¿Por desgracia?

VIRGINIA. ¿Voy a decir que por ventura?

Nueva pausa. Lázaro la mira y pasea, callado. Luego le pregunta:

LÁZARO. ¿Sabes que me marcho de Puebla?

VIRGINIA. Sí.

LÁZARO. ¿Y a ti, quién te ha contado eso?

VIRGINIA. Nadie.

LÁZARO. ¿Entonces?

VIRGINIA. ¿Cómo sabes tú lo que le prometí a mi hermano? ¿Cómo sabes que te he defendido?

LÁZARO. Es diferente.

VIRGINIA. Yo creo que es igual. ¿Adónde piensas irte?

LÁZARO. Eso ya no lo sabes.

VIRGINIA. Eso no... porque tú no lo sabes tampoco.

LÁZARO. ¡Claro! *Entregándose a su sinceridad.* ¡Como que es un viaje estúpido, desatinado, negro! ¡Un viaje para huir de ti! ¿Hay aberración parecida? ¡De ti, a quien quiero con toda mi alma! ¡De ti, que eres la única mujer a quien querré en el mundo!

VIRGINIA. ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Ese tiro que la gente de Puebla dice que te he dado, debiera dármelo yo mismo, por imbécil!

VIRGINIA. No grites, loco. Ni digas esas tonterías, que me asustan.

LÁZARO. ¡No son tonterías! ¡Alguna vez he pensado en serio acabar así!

VIRGINIA. ¡Calla!

LÁZARO. Y no lo he hecho... pues no lo he hecho por no darle ese alegrón a tu hermana Tula.

VIRGINIA. ¡Vamos!... Pero ¿ves?... Ya salió mi hermana; ya salió la familia... ¡Qué tormento!

LÁZARO. ¡Lo de siempre!... ¡Imposible! ¡imposible! ¡Cuando no es una cosa es otra! ¡Entre la familia y el pueblo no podemos vivir!

VIRGINIA. El último disgusto que tuvimos, recuérdalo, ¿por quién fué sino por tu padre?

LÁZARO. ¿Y el anterior, que creíamos entonces que iba a ser el último, por quién fué sino por tu hermana?

VIRGINIA. ¡Y no salimos de este cepo! ¡Y hoy es por los tuyos, y ayer fué por los míos, y mañana

*

será por los que adulan a mi gente o por los que viven de la tuya, y nunca ha de ser porque nosotros no nos queramos! ¿Es esto justo? ¿Por qué es esto? ¿Por qué nos hemos de separar así? *Silencio.* ¿En qué piensas?

LÁZARO. En lo mismo que tú: en que nos torturamos ridículamente por lo que es tan fácil de remediar.

VIRGINIA. No lo será mucho, cuando no lo hemos remediado todavía.

LÁZARO. Hay cosas que tiene uno delante de los ojos, y no las ve hasta que algo se las descubre o se las señala. Al oírte ahora, se ha iluminado mi conciencia. ¿Qué nos perturba? ¿Qué nos daña? ¿Qué nos impide ser dichosos? ¿Tu gente? ¿La mía? ¿El pueblo? ¡Pues vámonos de aquí!

VIRGINIA. ¡Lázaro! ¿Qué dices?

LÁZARO. ¡Que huyamos!

VIRGINIA. *Aterrada.* ¡No, no, Lázaro; eso no; eso no!

LÁZARO. ¿Por qué no? ¡Desprecia temores infantiles y preocupaciones indignas de que les sacrifiquemos nuestra felicidad!

VIRGINIA. ¡Cállate, cállate!

LÁZARO. ¡Mira que de este instante depende nuestra vida! ¡Mira que yo te quiero mucho! *Las manos de Virginia buscan instintivamente las de él.* ¡Mira que acaso es Dios quien nos ha juntado aquí hoy!

VIRGINIA. ¡Huir!... ¡huir!... ¡No, Lázaro, no!

LÁZARO. ¡Sí, Virginia: para ser dichosos!

VIRGINIA. ¡Qué horror! ¡qué vergüenza! ¡Me ofendes!

LÁZARO. ¡Te quiero!

VIRGINIA. ¡Yo también a ti! ¡Pero eso nunca, nunca!...

LÁZARO. ¡Estás ofuscada, Virginia!

VIRGINIA. ¡No, no! ¡Qué escandalo, Dios mío!

LÁZARO. ¿Mayor que el que hay? ¡Esta gente no merece que pensemos en ella! ¡Parece que la ventura y la alegría de todos está en separarnos! ¡Y lo conseguirán, si tú te acobardas! ¡Huyamos esta noche!

VIRGINIA. ¡No es que yo me acobarde; es que me repugna la idea... que me abochorna!... *Se cubre el rostro con las manos.* ¡No; no!...

LÁZARO. Pero ¿por qué no? Considéralo sin miedo alguno. ¡Nuestra unión acabará de una vez para siempre con el infierno de miserias que nos ha exasperado hasta ahora! ¡Esta fuga será primero piedra de escándalo, pero después será bendita! *A Mónica, que en mal hora acierta a asomar tras de la ventana.* ¡Como le soples a alguien que me has visto aquí, te corto las orejas!

MÓNICA. *Espantada.* ¡Pierda usté cuidao! *Desaparece como por tramoya.*

Lázaro vuelve a cerciorarse de que ni Barbarita ni don Clemente los escuchan.

LÁZARO. Virginia, tú me quieres mucho, ¿verdad?

VIRGINIA. ¡Más que a nadie en el mundo!

LÁZARO. Pues piensa que si no nos acogemos a esta resolución, no seremos nunca el uno del otro. Yo tendré que marcharme del pueblo, y tú te quedarás aquí desesperada.

VIRGINIA. ¡Es tan grave lo que me propones!... ¡Escaparnos juntos!...

LÁZARO. ¡Elige entre eso o separarnos ya para siempre!

VIRGINIA. ¡Eso no!

LÁZARO. ¡Pues eso iba a ser! ¡Tú misma se lo has prometido a tu hermano Alberto!

VIRGINIA. *Abrazándosele con arrebato.* ¡No; no!

LÁZARO. ¡Bendita seas! *Misteriosamente.* Esta no-

che, a las doce, estaré yo con mi cochecillo en el callejón de espaldas de tu casa.

VIRGINIA. A las doce...

LÁZARO. Sí. Te apartas naturalmente de la tertulia, cruzas el jardín... y en un vuelo, conmigo.

VIRGINIA. *Estremeciéndose.* ¡Virgen mía!

LÁZARO. ¡Dos minutos después, los dos solos en el campo libre! ¡Nadie ya dará con nosotros! ¡No me mires así: no dudes de la honradez de mi alma! ¡En la primera iglesia que encontremos, con la luz del amanecer, habrá un sacerdote que nos bendiga y que nos absuelva!

VIRGINIA. *Conmovida.* ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Alma mía!

VIRGINIA. Pero ¿y mi madre, Lázaro? ¿Y mi madre?

LÁZARO. Pero ¿y tú, Virginia?

VIRGINIA. ¡Será lo que Dios quiera!

LÁZARO. Ahora, separémonos.

VIRGINIA. ¡No te vayas!

LÁZARO. Sí, sí; ya que Dios nos ha favorecido— porque, no lo dudes, es Dios, — que no nos sorprendan, que no nos cojan. Y de aquí a la noche, disimulo.

VIRGINIA. ¡El cielo me ayude!

LÁZARO. ¡A fingir, a mentir, a engañar al pueblo, para que todos se gocen en su triunfo! ¡Tú dirás que es cierto que yo disparé contra ti, y yo diré que voy a terminar a balazos con todos los Ayamontes vivos!

VIRGINIA. ¡Por Dios!

LÁZARO. ¡Eso, eso hemos de decir, para que además nadie sospeche nuestro propósito!

VIRGINIA. ¡Haga Dios que mi turbación no me delate!

LÁZARO. ¡Mi cariño te ha de prestar aliento!

VIRGINIA. *Acogiéndose apasionadamente a él.* Lázaro: ¿tú has visto bien lo que me has pedido?

LÁZARO. ¡Nunca tendrás que reprochármelo!

VIRGINIA. ¿Me querrás siempre?

LÁZARO. ¡No me preguntes lo que sabes antes que yo!

VIRGINIA. *Con sobresalto súbito.* ¡Por aquí viene alguien!

LÁZARO. ¡Pues ya llega tarde quien sea! ¡Ánimo, y seremos dichosos! ¡Hasta luego!

VIRGINIA. ¡No; me voy yo!

LÁZARO. Mejor es; sí... ¡A las doce!

VIRGINIA. ¡Dios mío!

Vase atribulada por la puerta del interior.

LÁZARO. ¡Esto es hecho! ¡O ahora, o nunca! ¡Irá, irá... es seguro que irá! ¡Esto es hecho!

Por la puerta de la calle sale Barbarita, que se sorprende mucho al hallar a Lázaro allí.

BARBARITA. ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Señora!

BARBARITA. ¿Tú en mi casa?

LÁZARO. ¿Tan raro es que venga?

BARBARITA. No, pero... con lo que ha ocurrido...

LÁZARO. Sosiéguese usted, que hoy no traigo revólver.

BARBARITA. Pues, mira, no lo eches a broma.

LÁZARO. Los tiros míos son para las mujeres coquetas.

BARBARITA. ¡Cuidadito con lo que dices!

LÁZARO. No he nombrado a nadie. ¿Y don Clemente?

BARBARITA. Salió hace un rato. Pero te buscará muy pronto, porque me consta que alguien quiere darle... un encarguito para ti.

LÁZARO. Pues si es de quien presumo, y lo que presumo, que no se moleste.

BARBARITA. Según eso...

LÁZARO. Según eso, me he cansado al fin de ficciones y de niñerías. Si ahora a la joven se le ha encogido el corazón, que le den tila en casa. ¡Conmigo ya no juega más! ¡Como que yo quería ver a don Clemente para todo lo contrario que ella! Le agradezco mucho su bondad y sus deseos conciliadores; pero estoy decidido a que la verdad vuele a los cuatro vientos.

BARBARITA. ¿La verdad?

A esta sazón aparece detrás de la ventana, como antes Mónica, nuestro combatido don Clemente. Las primeras palabras que escucha lo dejan atónito.

LÁZARO. ¡La verdad, la verdad! ¡Y la verdad no es otra que la que corre de boca en boca desde el primer instante!

BARBARITA. *Victoriosa.* ¡Ah! ¡Qué convencida estaba yo!

LÁZARO. Fué una mala hora, con fortuna. Exacerbado, ciego, le disparé a Virginia. Y no la dejé seca, porque me tembló el pulso.

DON CLEMENTE. *Saltando, irritadísimo.* ¡Pero oye, oye, tarambana!

LÁZARO. ¡Don Clemente!

BARBARITA. ¡Tú eres el que tiene que oír!

DON CLEMENTE. ¡Hasta aquí podía llegar la mentira!

Retírase, alterado, hacia la puerta del interior, por la que sale a poco.

LÁZARO. ¡Me va a poner de vuelta y media!

BARBARITA. ¿Por qué? ¿No anda él siempre en busca de la verdad? ¡Pues que se resigne a escucharla!

LÁZARO. ¡Tiene usted razón!

DON CLEMENTE. *Yéndose decidido a Lázaro.* ¡Vamos a ver si me repites en mis barbas la patraña esa!

LÁZARO. Don Clemente...

BARBARITA. ¡No lo acobardes con tu cara feroche!

DON CLEMENTE. ¡Calla tú! ¡Vamos, niño, vamos: repíteme a mí que es verdad ese cuento chino que hoy trae la *Puebla Artística!*

BARBARITA. Tú comprenderás que a la altura a que está el asunto...

DON CLEMENTE. ¡Que te calles, te digo! ¡Conque vengo yo de tener un altercado con el tal Castañeda...!

BARBARITA. ¿No rectifica, eh?

DON CLEMENTE. ¡No rectifica aunque lo emplumen!

LÁZARO. ¡Naturalmente!

DON CLEMENTE. Ah, ¿naturalmente?

BARBARITA. ¡Naturalmente, sí!

DON CLEMENTE. ¡Pero, hombre!...

LÁZARO. No se enfade usted, don Clemente. Perdóneme la inconsecuencia, o, si usted quiere, la deslealtad, la falta a lo acordado entre nosotros. He comprendido que es un error insigne disimular mi culpa, y la proclamo a pecho descubierto.

DON CLEMENTE. ¿Eh? *Percatándose de improviso de que en la actitud de Lázaro hay intríngulis.* Te juro por mi honor, chiquillo...

LÁZARO. Además — permítame usted que termine, — así es como me salvo del todo y me alejo ya eternamente de ese castigo de mujer, que iba a ser mi ruina. Sobre falsa, es tonta, es necia, es bruta. ¡Gracias a Dios somos incompatibles!

BARBARITA. ¿Qué tal? ¿Le podré ya escribir a Anacleto la verdad de la historia?

DON CLEMENTE. ¡Escríbele a San Anacleto!

BARBARITA. Amigo, amigo, alguna vez había de tocarle al historiador ser el equivocado. Hasta ahora.

Llena de júbilo, se marcha por la puerta del interior.

Don Clemente. *Dirigiéndose con los brazos abiertos al galán, luego de mirar con precaución hacia todos lados.* ¡Bueno, de ti depende que yo duerma esta noche en mi casa o en una de orates!

Lázaro. *Bajando la voz.* ¡Silencio!

Don Clemente. *Lo mismo.* Descuida: nadie nos escucha. ¿Me quieres explicar este jeroglífico?

Lázaro. A usted nada más, porque sólo usted lo merece.

Don Clemente. Di.

Lázaro. *Con la mayor cautela.* Esta noche nos escapamos juntos de Puebla Virginia y yo.

Don Clemente. *Tras de abrir un palmo de boca.* ¡Amordázame, si no quieres que grite!

Lázaro. ¡No, por Dios, don Clemente! Convencidos de que el veneno del pueblo y de nuestras casas es el que nos ahoga, huimos de aquí, engañando a todos.

Don Clemente. ¡Bravo!... Digo, bravo, no... porque... Vamos, porque... En fin, muchacho, que vacilo al oírte... Y eso que... Precisamente en estos días, en que las pasiones se han revuelto más, me he persuadido de que, en rigor, erais víctimas del ambiente que respirabais.

Lázaro. ¡Justo, justo! ¡Lo ve usted como yo! Nos casaremos en la ermita de Santa Lucía. ¡El cura va a tener un buen desayuno!

Don Clemente. ¡Qué caramba! ¡Procedéis como enamorados! ¡Dios os protegerá!

Lázaro. ¡Seremos dichosos, y extirparemos de una vez la raíz de un odio repugnante y estúpido!

Don Clemente. ¡A ello, a ello! ¡El odio es corrosivo y no debe imperar! ¡A ello!

Lázaro. ¡Mañana, para nosotros, todo será alegría!

Don Clemente. Bueno, Tula revienta.

LÁZARO. ¿No le digo a usted que todo va a ser alegría?

DON CLEMENTE. ¡Y qué gracia tiene que nosotros mismos, los héroes del hecho, desfiguremos la verdad!

LÁZARO. ¡Así se escribe la historia, don Clemente!

DON CLEMENTE. Así, así se escribe... la contemporánea; la historia que vivimos; la que toca a nuestros intereses, a nuestras pasiones, grandes y pequeñas... ¡Pero ahí está el mañana aguardando!...

LÁZARO. ¡Ahí está! ¡Oh, mañana, mañana!...

DON CLEMENTE. Esta misma farsa va a durar ya nada más que unas horas... las sombras de una noche. La verdad brillará con el sol... El mañana es siempre el día de los historiadores.

LÁZARO. Bien lo demuestra usted con su Historia de Puebla.

DON CLEMENTE. ¿Te acuerdas del prólogo? ¡El mañana!... Unas veces, como ésta, ese mañana es el día siguiente; otras veces, es algunos siglos más tarde... Pero, la verdad, Lázaro, engendra mariposas eternas, mariposas de luz, que salen de las larvas que se arrastran por todos los caminos del mundo... Sólo pensando así se puede amar la Historia.

LÁZARO. ¡Don Clemente, deme usted un abrazo!

DON CLEMENTE. ¡Y veinte, hijo mío!

LÁZARO. Recibirá usted noticias nuestras.

DON CLEMENTE. Las deseo con el corazón.

LÁZARO. ¡Virginia le dirá a usted que es feliz, y yo que no me cambio por nadie! ¡Salud!

DON CLEMENTE. ¡Salud y buenaventura, chiquillo!

LÁZARO. ¡Adiós, don Clemente!

Vase a la calle rebosando satisfacción. Don Clemente aun lo saluda con la mano, viéndolo irse.

DON CLEMENTE. ¡Diablo de novios, y qué bien discurren de cuando en cuando! *Se vuelve como para*

marcharse al interior, y se da de cara con Mónica, que a tiempo sale. ¿Eh? ¿Qué haces aquí tú?

Mónica. *Sobresaltada.* ¡Na!

Don Clemente. ¿Has visto algo?

Mónica. ¡Na!

Don Clemente. ¿Has oído algo?

Mónica. ¡Na!

Don Clemente. ¡Pues como digas luego que algo has visto u oído, te cuelgo de un farol!

Mónica. ¡Pierda usté cuidao!

Se va por la otra puerta, santiguándose, y con un trepidar de pestañas realmente inverosímil.

Sale Barbarita del interior.

Barbarita. ¿Clemente?

Don Clemente. Sí; aquí estoy.

Barbarita. Acabo de escribirle a Anacleto.

Don Clemente. Muy bien.

Barbarita. Una carta cortita, pero de sustancia. Le digo la cosa tal y como pasó.

Don Clemente. Muy tuyo.

Barbarita. Con sus cominitos de mi parte. Ya me conoces.

Don Clemente. ¡Uh!

Barbarita. En lugar de un tiro, pongo tres. ¡La salsa! Con la idea de interesarlo más. ¡Quiere a Virginia como un tonto!

Don Clemente. Como un tonto.

Barbarita. ¡Pasado mañana lo tenemos aquí!

Don Clemente. Pues, oye, rectifico mi advertencia de antes. Si no le has dicho nada, dile que se traiga el gramófono.

Barbarita. ¿Ah, sí?

Don Clemente. Sí... porque siempre distrae. ¡Y aquí el día tiene tantas horas!...

Barbarita. Ahora mismo se lo voy a decir. *Encaminase a la puerta del interior.*

DON CLEMENTE. *Aguantando a duras penas la risa.* ¡Puf!...

BARBARITA. ¿Te ríes?

DON CLEMENTE. No...

BARBARITA. Pues ¿quién se ha reído?

DON CLEMENTE. Habrá sido Herodoto, el padre de la Historia.

Barbarita mira instintivamente, sin comprender, a su marido y al busto de Herodoto. Don Clemente la mira a ella con malicia. Mientras, cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto, 1917.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto. Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín. Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por Gino Cucchetti.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

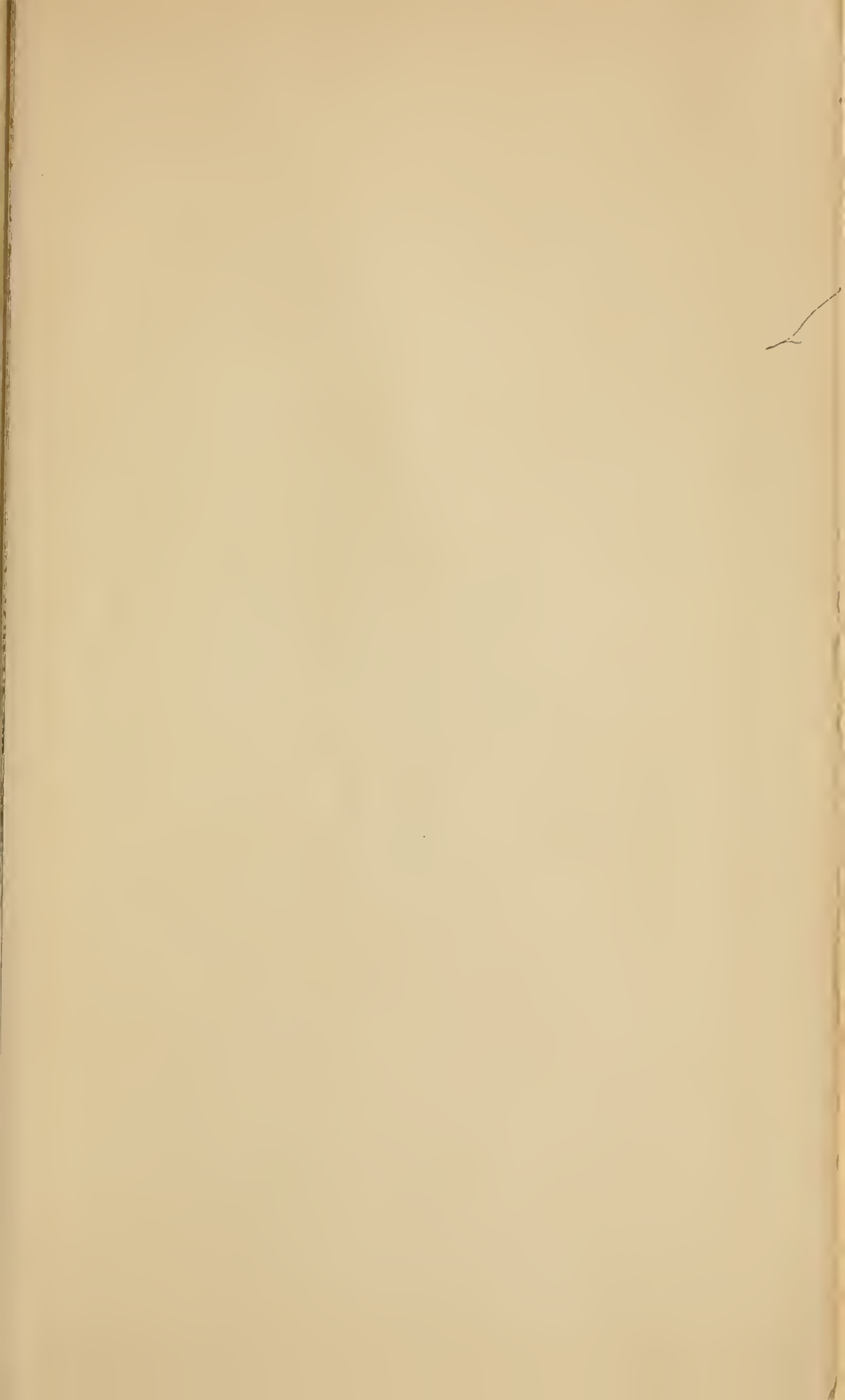
De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOAO SOLER.
Marianela, por ALICE PESTANA.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.
Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.
By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.



LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

1,50 PESETAS